

oyentes, sino con el fin de introducir mejor la palabra divina en pensamiento y en el corazón de los hombres.

Pero más que en sus propias cualidades naturales, el predicador ha de confiar en los carismas sobrenaturales que la historia de la Iglesia de la oratoria sagrada presenta en tantos predicadores santos, y debe sentirse impulsado a pedir al Espíritu Santo la inspiración para lograr modo más adecuado y eficaz de hablar, de comportarse y de dialogar con su auditorio.

Y eso vale para todos lo que ejercen el ministerio de la Palabra con escritos, publicados o transmisiones radiofónicas y televisivas. También el uso de estos medios de comunicación requiere que el predicador, conferencista, el escritor, el ensayista religioso y, en especial, el presbítero recurran al Espíritu Santo, luz que vivifica las mentes y los corazones.

8. Según las directrices del Concilio, el anuncio de la palabra divina ha de hacerse en todos los ambientes y en todos los estratos sociales, teniendo en cuenta también a los no creyentes, ya se trate de verdaderos ateos, ya, como sucede con mayor frecuencia, de agnósticos, o de indiferentes o distraídos. Para despertar el interés de éstos, es preciso descubrir los caminos más adecuados. Baste aquí haber señalado una vez más el problema, que es grave y que conviene afrontar con celo, acompañado de inteligencia, y con espíritu sereno. Al presbítero le podrá ser útil recordar la sabia reflexión del Sínodo de los obispos de 1971, que decía: "El ministro de la Palabra, con la evangelización, prepara los caminos del Señor con gran paciencia y fe, adaptándose a las diversas condiciones de la vida de los individuos y de los pueblos" (Ench. Vat. 1184). Recurrir a la gracia del Señor y al Espíritu Santo, que distribuye los dones divinos, siempre es necesario. Ahora bien, esa necesidad se debe sentir mucho más vivamente en todos los casos de ateísmo -al menos práctico-, agnosticismo, ignorancia e indiferencia religiosa, y en ocasiones hostilidad por prejuicios o incluso rabia, que hacen constatar al presbítero la insuficiencia de todos los medios humanos para abrir en las almas un resquicio para Dios. Entonces, más que nunca, experimentará el misterio de las manos vacías, como se ha dicho; pero, precisamente por esto, recordará que san Pablo, casi crucificado por experiencias parecidas, encontraba siempre nuevo valor en "la fuerza y la sabiduría de Dios" (cf. 1 Co 1, 18. 29), y recordaba a los Corintios: "Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder, para que vuestra fe se fundase, en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1 Co 2, 3-5). Tal vez éste es el viático más importante para el predicador de hoy.

La misión de los presbíteros en el ministerio sacramental de santificación

1. Hablando de la misión evangelizadora de los presbíteros, hemos visto ya que, en los sacramentos y mediante los sacramentos, es posible impartir a los fieles una instrucción metódica y eficaz acerca de la palabra de Dios y el misterio de la salvación. En efecto, la misión evangelizadora del presbítero está vinculada esencialmente con el ministerio de santificación que se lleva a cabo por medio de los sacramentos (cf. Código de derecho canónico, 893).

El ministerio de la palabra no puede limitarse sólo al efecto inmediato y propio de la palabra. La evangelización es el primero de los trabajos apostólicos que, según el Concilio, "se ordena a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman de la cena del Señor" (Sacrosanctum Concilium, 10). Y el Sínodo de los obispos de 1971 afirmaba que "el ministerio de la palabra, rectamente entendido, lleva a los sacramentos y a la vida cristiana, tal como se practica en la comunidad visible de la Iglesia y en el mundo".

Todo intento de reducir el ministerio sacerdotal a la mera predicación o a la enseñanza pasaría por alto un aspecto fundamental de este ministerio. Ya el Concilio de Trento había rechazado una proposición según la cual el sacerdocio consistiría únicamente en el ministerio de predicar el Evangelio (cf. Denz. -S., 1771). Dado que algunos, incluso recientemente, han exaltado de manera demasiado unilateral el ministerio de la palabra, el Sínodo de los obispos de 1971 subrayó la unión indisoluble entre palabra y sacramentos. "En efecto -dice- los sacramentos se celebran juntamente con la proclamación de la palabra de Dios y de esta manera desarrollan la fe, corroborándola con la gracia. Por lo tanto, no se pueden menospreciar los sacramentos, ya que por medio de ellos la palabra consigue su efecto más pleno, es decir, la comunión del misterio de Cristo".

2. Con respecto a este carácter unitario de la misión evangelizadora y del ministerio sacramental, el Sínodo de 1971 dudó en afirmar que una separación entre la evangelización y la celebración de los sacramentos "dividiría el corazón mismo de la Iglesia hasta poner en peligro la fe".

Con todo, el Sínodo reconoce que en la aplicación concreta del principio de unidad caben modalidades diversas para cada sacerdote, "pues el ejercicio del ministerio sacerdotal debe ramificarse en la práctica con el fin de responder mejor a las situaciones peculiares o nuevas en que ha de ser anunciado el Evangelio.

Una sabia aplicación del principio de unidad debe tener en cuenta también los carismas que ha recibido cada uno de los presbíteros. Si algunos tienen talentos particulares para la predicación o la enseñanza, el preciso que los explota para el bien de la Iglesia. Es útil recordar aquí el caso de san Pablo, quien, a pesar de estar convencido de la necesidad del bautismo, y de haber administrado él mismo ese sacramento en diversas ocasiones, se consideraba enviado para la predicación del Evangelio, y dedicaba sus energías sobre todo a esta forma de ministerio (cf. 1 Co 1, 14. 17). Pero en su predicación no perdía de vista la obra esencial de edificación de la comunidad (cf. 1 Co 3, 10), a cuyo servicio ha de estar la predicación.

Quiere decir que también hoy, como ha sucedido siempre en la historia del ministerio pastoral, la repartición del trabajo podrá llevar a insistir en la predicación o en el culto y los sacramentos, según las capacidades de las personas y la valoración de las situaciones. Pero no se puede poner en duda que, para los presbíteros, la predicación y la enseñanza, incluso en los más altos niveles académicos y científicos, deben conservar siempre su finalidad: están al servicio del ministerio de santificación por medio de los sacramentos.

3. En todo caso, queda fuera de toda discusión la importante misión de santificación confiada a los presbíteros, que pueden ejercerla sobre todo en el ministerio del culto y los sacra-

mentos. Sin lugar a dudas, es una obra realizada ante todo por Cristo, como subraya el Sínodo de 1971; "La salvación que se realiza por los sacramentos no proviene de nosotros, sino de lo alto, de Dios. Lo cual demuestra la primacía de la acción de Cristo, único sacerdote mediador en su cuerpo, que es Iglesia" (cf. *Pastores dabo vobis*, 12). Ahora bien, en la actual economía salvífica, Cristo se sirve del ministerio de los presbíteros para llevar a cabo santificación de los creyentes (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5). Actuando en nombre de Cristo, el presbítero alcanza eficacia de la acción sacramental por medio del Espíritu Santo, Espíritu Cristo, principio y fuente de la santidad de la vida nueva.

La vida nueva que el presbítero suscita, alimenta, protege y desarrolla por medio de los sacramentos, es una vida de fe, esperanza y amor. La fe el don divino fundamental: "De ahí gran importancia que tienen la preparación y la disposición de la fe para quien recibe los sacramentos. De ahí también la necesidad del testimonio la fe por parte del ministro en toda vida, sobre todo en la manera estimar y celebrar los mismos sacramentos".

La fe que otorga Cristo por medio de los sacramentos va acompañada siempre por una "esperanza viva" (1, 3) que infunde en el alma de los fieles un fuerte dinamismo de vida espiritual, un impulso hacia "las cosas arriba" (Col 3, 1-2). Por otra parte, fe "actúa por la caridad" (Ga 5, caridad que brota del corazón Salvador y fluye en los sacramentos

para propagarse a toda la existencia cristiana.

4. El ministerio sacramental de los presbíteros está por tanto, dotado de una fecundidad divina. Lo recordó muy bien el Concilio.

Así, con el *Bautismo*, los presbíteros "introducen a los hombres en el pueblo de Dios" (*Presbyterorum ordinis*, 5) y, por tanto, son responsables no sólo de una digna celebración del rito, sino también de una buena preparación para el mismo, con la formación de los adultos en la fe y, en el caso de los niños, con la educación de la familia para colaborar en el acontecimiento.

Además, "en el espíritu de Cristo Pastor los instruyen para que con espíritu contrito sometan sus pecados a la Iglesia en el sacramento de la penitencia, de suerte que día a día se conviertan más y más al Señor, recordando aquellas palabras suyas: "Haced penitencia pues se acerca el reino de los cielos" (Mt 4, 17)" (*ib.*). Por ello, también los presbíteros deben vivir personalmente con la actitud de hombres que reconocen sus propios pecados y su propia necesidad de perdón, en comunión de humildad y penitencia con los fieles. Así podrán manifestar de una forma más eficaz la grandeza de la misericordia divina y dar, junto con el perdón, una confortación celeste a quienes se sienten oprimidos por el peso de sus culpas.

En el sacramento del *Matrimonio*, el presbítero está presente como responsable de la celebración, testimoniando la fe y acogiendo el con-

sentimiento de parte de Dios, a quien representa como ministro de la Iglesia. De ese modo, participa profundamente y vitalmente no sólo en el rito, sino también en la dimensión más profunda del sacramento.

Y, por último, con la *unción de los enfermos*, los presbíteros "alivian a éstos" (*ib.*). Es una misión prevista por Santiago, que en su carta enseñaba: "¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor" (St 5, 14). Sabiendo, pues, que el sacramento de la unción está destinado a *aliviar* y a proporcionar purificación y fuerza espiritual, el presbítero sentirá la necesidad de esforzarse por que su presencia transmita al enfermo la compasión eficaz de Cristo y dé testimonio de la bondad de Jesús para con los enfermos, a los que dedicó gran parte de su misión evangélica.

5. Esta reflexión acerca de las disposiciones con que es preciso procurar acercarse a los sacramentos, celebrándolos con conciencia y espíritu de fe, la completaremos en las catequesis que, con la ayuda de Dios, dedicaremos a los sacramentos. En las próximas catequesis trataremos otro aspecto de la misión del presbítero en el ministerio sacramental: el culto de Dios, que se realiza especialmente en la Eucaristía. Digamos, ya desde ahora, que se trata del elemento más importante de su función eclesial, la razón principal de su ordenación, la finalidad que da sentido y alegría a su vida.

El culto eucarístico principal misión de los presbíteros

1. Para comprender la dimensión completa de la misión del presbítero con respecto a la Eucaristía es preciso tener presente que este sacramento es, ante todo, la renovación, sobre el altar, del sacrificio de la cruz, momento central en la obra de la redención. Cristo sacerdote y hostia como tal, el artifice de la salvación universal, en obediencia al Padre. es el único sumo sacerdote de la alianza nueva y eterna que, realizando nuestra salvación, da al Padre el culto perfecto, del que las antiguas celebraciones veterotestamentarias no eran más que una prefiguración. Con el sacrificio de su sangre en la cruz, Cristo "penetró en el santuario una vez para siempre..., consiguiendo una redención eterna" (Hb 9, 12). Así abolió todos los sacrificios antiguos para establecer uno nuevo con oblación de sí mismo a la voluntad del Padre (cf. Sal 40, 9). "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo... En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados" (Hb 10, 10-14).

Al renovar sacramentalmente el sacrificio de la cruz, el presbítero abre nuevamente esa fuente de salvación en la Iglesia y en el mundo entero (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1362-1372).

2. Por esto, el Sínodo de los obispos de 1971, de acuerdo con documentos del Vaticano II, puso de relieve que "el ministerio sacerdotal alcanza su punto culminante en la celebración de la sagrada Eucaristía, que es la fuente y, el centro de la unidad de la Iglesia" (cf. *Ad gentes*, 39).

La constitución dogmática sobre la Iglesia reafirma que presbíteros "su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor el único sacrificio del Nuevo Testamento a saber: el de Cristo: que se ofrece a sí mismo al Padre una vez por todas, como hostia inmaculada" (*Lumen gentium*, 28; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1566).

Al respecto, el decreto *Presbyterorum ordinis* presenta dos afirmaciones fundamentales: a) la comunidad es congregada, por medio del anuncio del Evangelio, para que todos puedan hacer la oblación espiritual de sí mismos; y b) el sacrificio espiritual de los fieles se vuelve perfecto mediante la unión con el sacrificio de Cristo, ofrecido de modo incruento y sacramental por medio de los presbíteros. Todo su ministerio sacerdotal saca su fuerza de ese único sacrificio (cf. *Presbyterorum ordinis*, 2; Catecismo de la Iglesia católica, n. 1566).

Así aparece el nexo entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles. Y se manifiesta también el hecho de que, entre todos los fieles, el presbítero está llamado de modo especial a identificarse mística y sacramentalmente con Cristo, para ser también él, de algún modo, *sacerdos et hostia*, según la hermosa expresión de santo Tomás de Aquino (cf. *Summa Theol.*, III, q. 83, a. 1, ad 3).

3. El presbítero alcanza en la Eucaristía el punto culminante de su ministerio cuando pronuncia las palabras de Jesús: "Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre..." En esas palabras se hace realidad el máximo ejercicio del poder que capacita al sacerdote para hacer presente la oblación de Cristo. Entonces se obtiene de verdad -por vía sacramental y, por tanto, con eficacia divina- la edificación y el desarrollo de la comunidad. En efecto, la Eucaristía es el sacramento de la comunión y de la unidad como lo reafirmó el Sínodo de los obispos de 1971 y, más recientemente, la carta de la Congregación para la doctrina de la fe sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión (cf. *Communio notio*, 11).

Se explica, por consiguiente, la piedad y el fervor con que los sacerdotes santos -de los que habla en abundancia la hagiografía- han celebrado siempre la misa, realizando una preparación adecuada y añadiendo al final de la misa los oportunos actos de acción de gracias. Para ayudar en el ejercicio de estos actos, el misal ofrece oraciones adecuadas, expuestas a veces en hojas enmarcadas en las sacristías. Sabemos también que varias obras de espiritualidad sacerdotal, siempre recomendables para los presbíteros, han tratado acerca del tema del *sacerdos et hostia*.

4. Otro punto fundamental de la teología eucarístico-sacerdotal, objeto de nuestra catequesis, es el siguiente: todo el ministerio y todos los sacramentos están orientados hacia la Eucaristía, en la que "se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, III, q. 65, a. 3, ad 1; q. 79, a. 1), a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada

y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en comunión con él mismo" (*Presbyterorum ordinis*, 5).

En la celebración de la eucaristía se realiza, por tanto, la máxima participación en el culto que el sumo sacerdote Cristo brinda al Padre, en representación y expresión de toda la creación. El presbítero, que ve reconoce su vida tan profundamente vinculada a la Eucaristía, por una parte siente ensancharse los horizontes de su espíritu hasta abarcar mundo entero, más aún, la tierra y el cielo, y por otra siente que aumenta la necesidad y la responsabilidad de hacer partícipe de este tesoro -"todo el bien espiritual de la Iglesia"- a la comunidad.

5. Por ese motivo, en sus propósitos y programas de ministerio pastoral, teniendo presente que la vida sacramental de los fieles está ordenada a la Eucaristía (cf. *id.*), procurará que la formación cristiana promueva la participación activa y consciente de los fieles en la celebración eucarística.

Hoy es necesario volver a descubrir el carácter central de esa celebración en la vida cristiana y, por tanto, en el apostolado. Los datos acerca de la participación de los fieles en la misa no son satisfactorios: pesar de que el celo de muchos presbíteros ha llevado a una participación, por lo común, fervorosa y activa, el porcentaje de asistencia resulta bajo. Es verdad que en este campo, más que en cualquier otro que concierna a la vida interior, el valor de las estadísticas es muy relativo, y que por otra parte la exteriorización sistemática del culto no implica necesariamente su consistencia real. Con todo, no se puede ignorar que el culto exterior es normalmente una consecuencia lógica del interior (cf. *santo Tomás de Aquino, Summa Theol., II-II, q. 81, a. 7*) y, en el caso del culto eucarístico, es consecuencia de la misma fe, en Cristo sacerdote y en sacrificio redentor. Tampoco sería correcto quitar importancia a la celebración del culto invocando el hecho de que la vitalidad de la cristiana se manifiesta con el comportamiento según el Evangelio, más que con gestos rituales. En efecto, la celebración eucarística no es un mero gesto ritual: es un sacramento, es decir, una intervención de Cristo mismo que nos comunica el dinamismo de su amor. Sería un engaño pernicioso querer tener un comportamiento de acuerdo con el Evangelio sin recibir su fuerza de Cristo mismo en la Eucaristía, sacramento que él instituyó para este fin. Esa pretensión sería una actitud de autosuficiencia, radicalmente antievangélica. La Eucaristía da al cristiano más fuerza para vivir según las exigencias del Evangelio; lo inserta cada vez mejor en la comunidad eclesial de la que forma parte; y renueva y enriquece el la alegría de la comunión con la Iglesia.

Por ello, el presbítero debe esforzarse por favorecer de todas las maneras posibles la participación en la Eucaristía, con la catequesis y las exhortaciones pastorales, y también con una excelente calidad de la celebración, bajo el aspecto litúrgico y ceremonial. De ese modo, como subraya el Concilio (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5.), logrará enseñar a los fieles a ofrecer la víctima divina a Dios Padre en el sacrificio de la misa y a hacer, en unión con esta víctima, la ofrenda de su propia vida al servicio de los hermanos. Los fieles han de aprender, además, a pedir perdón por sus pecados, a mediar en la palabra de Dios, a orar con corazón sincero por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, y a poner toda su confianza en Cristo salvador.

6. Quiero recordar, por último, que el presbítero tiene asimismo la misión de promover el culto de la presencia eucarística, también fuera de la celebración de la misa, esforzándose por hacer de su propia Iglesia una casa de oración cristiana en que -según el Concilio- se adora, para auxilio y consuelo de los fieles, la presencia del hijo de Dios, salvador nuestro, ofrecido por nosotros en el ara del sacrificio" (*ib.*). Esta casa debe ser apta para la oración y las funciones sagradas, tanto por el orden, la limpieza y la pulcritud con que se la mantiene, como por la belleza artística del ambiente, que tiene gran importancia para ayudar a la formación y para favorecer la oración. Por este motivo, el Concilio recomienda al presbítero "cultivar debidamente la ciencia y el arte litúrgicos" (*ib.*).

He aludido a estos aspectos porque también pertenecen al conjunto de elementos que abarcan una auténtica cura de almas por parte de los presbíteros, y en especial de los párrocos y de todos los responsables de las Iglesias y los demás lugares de culto. En todo caso, quiero confirmar el vínculo estrecho que existe entre el sacerdocio y la Eucaristía, como nos enseña la Iglesia, y reafirmo con convicción, y también con íntimo gozo del alma, que el presbítero es sobre todo el hombre de la Eucaristía: servidor y ministro de Cristo en este sacramento, en el que -según el Concilio, que resume la doctrina de los antiguos padres y doctores de la Iglesia" (*ib.*). Todo presbítero, en cualquier nivel, en cualquier campo de trabajo, es servidor y ministro del misterio pascual realizado en la cruz y revivido sobre el altar para la redención del mundo.

El presbítero Pastor de la comunidad

1. En las catequesis anteriores hemos explicado la función de los presbíteros como cooperadores de los obispos en el campo del magisterio (enseñar) y del ministerio sacramental (santificar). Hoy hablaremos de su cooperación en el gobierno pastoral de la comunidad. Para los presbíteros, al igual que para los obispos, se trata de una participación en el tercer aspecto del triple munus de Cristo (profético, sacerdotal y real): un reflejo del sumo sacerdocio de Cristo, único mediador entre los hombres y Dios, único maestro y único pastor. En una perspectiva eclesial, la función pastoral consiste principalmente en el servicio a la unidad, es decir, en asegurar la unión de todos en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (cf. Pastores dabo vobis 6).

2. En esta perspectiva, el Concilio dice que "los presbíteros, que ejercen el oficio de Cristo, cabeza y pastor, según su parte de autoridad, reúnen, en nombre del obispo, la familia de Dios, como una fraternidad de un solo ánimo, y por Cristo, en el Espíritu, la conducen a Dios Padre" (Presbyterorum ordinis, 6). Este es el objetivo esencial de su acción de pastores y de la

autoridad que se les confiere para que la ejerzan en su nivel de responsabilidad: conducir a la comunidad que se les ha confiado a su pleno desarrollo de vida espiritual y eclesial. El presbítero-pastor debe ejercer esta autoridad según modelo de Cristo, buen pastor, que no quiso imponerla mediante coacción exterior, sino formando comunidad mediante la acción interior de su Espíritu. Cristo trató de transmitir su amor ardiente grupo de los discípulos y a todos los que cogían su mensaje, para dar origen a una comunidad de amor que a su debido tiempo, constituyó también visiblemente como Iglesia. En calidad de cooperadores de los obispos, sucesores de los Apóstoles, también los presbíteros cumplen misión en la comunidad visible animándola con la caridad, para que viva del Espíritu de Cristo.

3. Es una exigencia intrínseca a la misión pastoral, según la cual la animación no se regula por los deseos y opiniones personales del presbítero, sino por la doctrina del Evangelio, como dice el Concilio: "Deben portarse con ellos no acuerdo con los principios de hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y vida cristianas" (ib.).

El presbítero tiene la responsabilidad del funcionamiento orgánico de la comunidad, y para cumplir esa tarea recibe del obispo oportuna participación en su autoridad. Al presbítero corresponde asegurar el desarrollo armonioso

de los diversos servicios indispensables para el bien de todos; encontrar las personas que colaboren en la liturgia, la catequesis y la ayuda espiritual a los cónyuges; favorecer el desarrollo de diversas asociaciones o movimientos espirituales y apostólicos con armonía y colaboración; organizar la asistencia caritativa a los necesitados, a los enfermos y a los inmigrantes. Al mismo tiempo, debe asegurar y promover la unión de la comunidad con el obispo y con el Papa.

4. Ahora bien, la dimensión comunitaria de la tarea pastoral no puede pasar por alto las necesidades de cada uno de los fieles. Como leemos en el Concilio, "a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, atañe procurar, por sí mismos o por otros, que cada uno de los fieles sea llevado, en el Espíritu Santo, a cultivar su propia vocación de conformidad con el Evangelio, a una caridad sincera y activa y a la libertad con que Cristo nos liberó" (ib.). El Concilio subraya la necesidad de ayudar a cada uno de los fieles a descubrir su vocación específica, como tarea propia y característica del pastor que quiere respetar y promover la personalidad de cada uno. Se puede decir que Jesús mismo, el buen pastor "que llama a sus ovejas una por una" con una voz que ellas conocen muy bien (cf. Jn 10, 3-4), ha establecido con su ejemplo el primer canon de la pastoral individual: el conocimiento y la relación de amistad con las personas. Al presbítero corresponde ayudar a cada uno a usar bien

su don y también a ejercitar rectamente la libertad que brota de la salvación de Cristo, como recomienda san Pablo (cf. Ga 4, 3; 5, 1. 13; cf. también Jn 8, 36).

Todo debe orientarse a la práctica de una caridad sincera y activa. Esto significa que "se instruya bien a los fieles para que no vivan solamente para sí mismos, sino que, de acuerdo con las exigencias de la ley nueva de la caridad, cada uno, cual recibió la gracia, administrenla en favor de su prójimo, y así cumplan todos cristianamente sus deberes en la comunidad de los hombres" (Presbyterorum ordinis, 6). Por eso, forma parte de la misión de los presbíteros recordar las obligaciones de la caridad; mostrar las aplicaciones de la caridad a la vida social; favorecer un clima de unidad, respetando las diferencias; estimular iniciativas y obras de caridad, para las que se abren a todos los fieles grandes posibilidades, especialmente con el nuevo impulso dado al voluntariado, practicado conscientemente como buen empleo del tiempo libre y, en muchos casos, como opción de vida.

5. El presbítero está llamado a comprometerse también personalmente en las obras de caridad, a veces incluso mediante formas extraordinarias, como ha acaecido en la historia y acaece también hoy. Aquí deseo subrayar, sobre todo, la caridad sencilla, habitual, casi oculta, pero constante y generosa, que se manifiesta no tanto en obras

llamativas —para las que no todos tienen los talentos y la vocación— sino en el ejercicio diario de la bondad que ayuda, sostiene y consuela, en la medida que cada uno puede hacerlo. Es evidente que se debe prestar atención principal —podríamos decir preferencia—, "a los pobres y los más débiles... cuya evangelización se da como signo de la obra mesiánica" (ib.); "a los enfermos y moribundos", por quienes los presbíteros deben tener particular solicitud, "visitándolos y confortándolos en el Señor" (ib.); a "los jóvenes, a quienes han de dedicar también particular diligencia"; así como a los cónyuges y padres de familia". A los jóvenes, en especial, que son la esperanza de la comunidad, el presbítero debe dedicar su tiempo, sus energías y sus capacidades, para favorecer su educación cristiana y la maduración en su compromiso de coherencia con el Evangelio.

El Concilio recomienda al presbítero también a "los catecúmenos y neófitos, que han de ser gradualmente educados para que conozcan y vivan la vida cristiana" (ib.).

6. Por último, es preciso atraer la atención hacia la necesidad de superar toda visión demasiado restringida de la comunidad local, toda actitud de particularismo y, como suele decirse, localismo, alimentado por el contrario el espíritu comunitario, que se abre a los horizontes de la Iglesia universal. También cuando el presbítero debe dedicar su tiempo y sus atenciones

a la comunidad local que se le ha confiado, como es el caso especialmente de los párrocos y de sus colaboradores directos, su espíritu debe mantenerse abierto a las mieses de todos los campos del mundo, sea como dimensión universal del espíritu, sea como participación personal en las tareas misioneras de la Iglesia, sea como celo por promover la colaboración de su comunidad con las ayudas espirituales y materiales que se precisan (cf. *Redemptoris missio*, 67; *Pastores dabo vobis*, 32).

En virtud del sacramento del orden —afirma el Catecismo de la Iglesia católica—, los presbíteros participan de la universalidad de misión confiada por Cristo a los Apóstoles. El don espiritual que recibieron en la ordenación los prepara, no para una misión amplísima y universal de salvación hasta los extremos del mundo" (*Presbyterorum ordinis*, 10), "dispuestos predicar el Evangelio por todas partes" (*Optatum totius*, 20) (n. 1565).

7. En cualquier caso, todo ha de centrarse en la Eucaristía, en que se encuentra el principio vital de la animación pastoral. Como dice el Concilio, "ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía, por la que debe consiguientemente, comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad" (*Presbyterorum ordinis*, 6). La Eucaristía es la fuente de la unidad y la expresión más

perfecta de la unión de todos los miembros de la comunidad cristiana. Es tarea de los presbíteros procurar que sea efectivamente tal. A veces, por desgracia, sucede que las celebraciones eucarísticas no son expresiones de unidad. Cada uno asiste de forma aislada, ignorando a los demás. Con gran caridad pastoral, los presbíteros deben recordar a todos la enseñanza de san Pablo: "Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos,

pues todos participamos de un solo pan", que "es comunión con el cuerpo de Cristo" (1 Co 10, 16-17). La conciencia de esta unión en el cuerpo de Cristo estimulará una vida de caridad y solidaridad efectiva.

La Eucaristía es, por tanto, el principio vital de la Iglesia como comunidad de los miembros de Cristo; de aquí recibe inspiración, fuerza y dimensión la animación pastoral.

El Presbítero Hombre consagrado a Dios

1. Toda la tradición cristiana, nacida de la sagrada Escritura, habla del sacerdote como hombre de Dios, hombre consagrado a Dios. *Homo Dei* es una definición que vale para todo cristiano, pero que san Pablo dirige en particular al obispo Timoteo, su discípulo, recomendándoles el uso de la sagrada Escritura (cf. 2 Tm 3, 16). Dicha definición se puede aplicar tanto al presbítero como al obispo, en virtud de su especial consagración a Dios. A decir verdad, ya en el bautismo todos recibimos una primera y fundamental consagración, que incluye la liberación del mal y el ingreso en un estado de especial pertenencia ontológica y psicológica a Dios (cf. santo Tomás Aquino, *Summa Theol.*, II-II, q. 81, a. 8). La ordenación sacerdotal confirma y profundiza ese estado de consagración, como recordó el Sínodo de los obispos de 1971, refiriéndose al sacerdocio de Cristo participado al presbítero mediante la unción del Espíritu Santo (cf. *Ench. Vat.*, 4, 1200-1201).

Ese Sinodo recoge la doctrina del concilio Vaticano II que, después de recordar a los presbíteros el deber de tender a la perfección en virtud de su consagración bautismal, añadía: "Los sacerdotes están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección, ya que, consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo, sacerdote eterno, para proseguir en el tiempo la obra admirable del que, con celeste eficacia, reintegró a todo el género humano" (*Presbyterorum ordinis*, 12). Esa misma recomendación hacía Pío XI en la encíclica *Ad catholici sacerdotii*, del 20 de diciembre de 1935 (cf. AAS 28, 1936, p. 10).

Así pues, según la fe de la Iglesia, con la ordenación sacerdotal no sólo se confiere una nueva misión en la Iglesia, un ministerio, sino también una nueva consagración de la persona, vinculada al carácter que imprime el sacramento del orden, como signo espiritual e indeleble de una pertenencia especial a Cristo en el ser y, consiguientemente, en el actuar. En el presbítero la exigencia de la perfección deriva, pues, de su participación en el sacerdocio de Cristo como autor de la Redención: el ministerio no puede menos de reproducir en sí mismo los sentimientos, las tendencias e intenciones íntimas, así como el espíritu de oblación al Padre y de servicio a los hermanos que caracterizan al Agente principal.

2. Con ello, en el presbítero se dan un cierto señorío de la gracia, que le concede gozar de la unión con Cristo y al mismo tiempo estar entregado al servicio pastoral de sus hermanos. Como dice el Concilio, "puesto que todo sacerdote, a su modo, representa la persona del mismo Cristo, es también enriquecido de gracia particular para que mejor pueda alcanzar, por el servicio de los fieles que se le han confiado y de todo el pueblo de Dios, la perfección de Aquel a quien representa, y cure la flaqueza humana de la carne la santidad de Aquel que fue hecho para nosotros "pontífice santo, inocente, sin mácula y separado de los pecadores" (*Hb* 7, 26)" (*Presbyterorum ordinis*, 12); cf. *Pastores dabo vobis*, 20). Por esa razón, el presbítero tiene que realizar una especial imitación de Cristo sacerdote que es fruto de la gracia especial del orden: gracia de unión a Cristo sacerdote y hostia y, en virtud de esta misma unión, gracia de buen servicio pastoral a sus hermanos.

A este respecto, es útil recordar el ejemplo de san Pablo, que vivía como apóstol totalmente consagrado, pues había sido "alcanzado por Cristo Jesús" y lo había abandonado todo para vivir en unión con él (cf. *Flp* 3, 7-12). Se sentía tan colmado de la vida de Cristo que podía decir con toda franqueza: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (*Ga* 2, 20). Y, con todo, después de haber aludido a los favores extraordinarios que había recibido como "hombre en Cristo" (*2 Co* 12, 2), añadía que sufría

un aguijón en su carne, una prueba de la que no había sido liberado. A pesar de pedírselo tres veces, el Señor le respondió: Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfectamente en la flaqueza" (*2 Co* 12, 9).

A la luz de este ejemplo, el presbítero puede entender mejor que debe esforzarse por vivir plenamente su propia consagración permaneciendo unido a Cristo y dejándose imbuir por su Espíritu, a pesar de la experiencia de sus limitaciones humanas. Estas limitaciones no le impedirán cumplir su ministerio, porque goza de una gracia que le basta. En esa gracia, por tanto, el presbítero debe poner su confianza, y a ella debe recurrir, consciente de que así puede tender a la perfección con la esperanza de progresar cada vez más en la santidad.

Es el aspecto ascético del camino de la perfección, que el presbítero no puede recorrer sin renunciaciones y sin luchas contra toda suerte de deseos y anhelos que le impulsarían a buscar los bienes de este mundo, poniendo en peligro su progreso interior. Se trata del combate espiritual, del que hablan los maestros de ascesis, y que deben librar todo seguidor de Cristo, pero de manera especial todo ministro de la obra de la cruz, llamado a reflejar en sí mismo la imagen de Aquel que es sacerdote et hostia.

4. Desde luego, hace falta siempre una apertura y una correspondencia a la gracia, que proviene también de Aquel que suscita "el querer y el obrar" (*Flp* 2, 13), pero que exige asimismo el empleo de los medios de mortificación y autodisciplina, sin los que permanecemos como un terreno impenetrable. La tradición ascética ha señalado —y en cierto modo, prescrito— siempre a los presbíteros, como medios de santificación, especialmente la oportuna celebración de la misa, el rezo adecuado del Oficio divino (que no se ha de recitar atropelladamente, como recomendaba san Alfonso María de Ligorio), la visita al Santísimo Sacramento, el rezo diario del santo rosario, la meditación y la recepción periódica del sacramento de la penitencia. Estos medios siguen siendo válidos e indispensables. Conviene dar especial relieve al sacramento de la penitencia, cuya práctica metódica permite al presbítero formarse una imagen realista de sí mismo, con la consiguiente conciencia de ser también él hombre frágil y pobre, pecador entre los pecadores, y necesitado de perdón. Así logra la verdad de sí mismo y se acostumbra a recurrir con confianza a la misericordia divina (cf. *Reconciliatio et paenitentia*, 31; *Pastores dabo vobis*, 26).

Además, es preciso recordar siempre que, como dice el Concilio, "los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo" (*Presbyterorum*

ordinis, 13). Así, el anuncio de la Palabra los impulsa a realizar en sí mismos lo que enseñan a los demás. La celebración de los sacramentos los fortifica en la fe y en la unión con Cristo. Todo el conjunto del ministerio pastoral desarrolla en ellos la caridad: "Al regir y apacentar al pueblo de Dios, sienten movidos por la caridad del buen Pastor a dar su vida por sus ovejas, prontos también al supremo sacrificio" (ib.). Su ideal consistirá en alcanzar en Cristo la unidad de vida, llevando a cabo una síntesis entre oración ministerio, entre contemplación y acción, gracias a la búsqueda constante de la voluntad del Padre y a la entrega de sí mismos a al *grey* (cf. ib. 14).

5. Por otra parte, saber que su esfuerzo personal de santificación contribuye a la eficacia de su ministerio será fuente de valentía y de gozo para el presbítero. En efecto, "si es cierto —como recuerda el Concilio— que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salvación aun por medio de ministros indignos, de ley ordinaria, sin embargo, Dios prefiere mostrar sus maravillas por obra de quienes, más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: "Pero ya no vivo yo, sino, que Cristo vive mi" (Ga 2, 20)" (ib., 12).

Cuando el presbítero reconoce que ha sido llamado a servir *instrumento de Cristo*, siente la necesidad de vivir en íntima unión con él, para ser *instrumento válido del Agente principal*. Por eso, trata de reproducir en mismo la vida consagrada (sentimientos y virtudes) del único y eterno sacerdote, que le hace participe no sólo de su poder, sino también de su estado de oblación para realizar el plan divino. *Sacerdos et hostia*.

6. Deseo concluir con la recomendación del Concilio: "Para conseguir sus fines pastorales de renovación interna de la Iglesia, de difusión Evangelio por el mundo entero, así como de diálogo con el mundo actual, este sacrosanto Concilio exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen por alcanzar una santidad cada vez mayor, para convertirse, día a día, en más aptos instrumentos en servicio de todo el pueblo de Dios" (ib., 12). Esta es la contribución mayor que podemos dar a la edificación de la Iglesia como inicio del reino de Dios en el mundo.

El Presbítero, hombre de oración

1. Volvemos hoy a abordar algunos conceptos ya tratados en la catequesis anterior, para subrayar una vez más las exigencias y consecuencias que se siguen de la realidad de hombre consagrado a Dios, que hemos explicado. En una palabra, podemos decir que, por estar consagrado a imagen de Cristo, el presbítero debe ser, como el mismo Cristo, hombre de oración. En esta definición sintética se encierra toda la vida espiritual, que da al presbítero una verdadera identidad cristiana, lo caracteriza como sacerdote y es el principio animador de su apostolado.

El Evangelio nos presenta a Jesús haciendo oración en todos los momentos importantes de su misión. Su vida pública, que se inaugura con el Bautismo, comienza con la oración (cf. Lc 3, 21). Incluso en los periodos de más intensa predicación a las muchedumbres, Cristo se concede largos ratos de oración (Mc 1, 35; Lc 5, 16). Antes de elegir a los Doce, para la noche en oración (Lc 6, 12). Ora antes de exigir a sus Apóstoles una profesión de fe (Lc 9, 18); ora después del milagro de los panes, el solo, en el monte (Mt 14, 23; Mc 6, 46); ora antes de enseñar a sus discípulos a

orar (Lc 11, 1); ora antes de la excepcional revelación de la Transfiguración, después de haber subido a la montaña precisamente para orar (Lc 9, 28); ora antes de realizar cualquier milagro (Jn 11, 41-42); y ora en la última cena para confirmar al Padre su futuro y el de su Iglesia (Jn 17). En Getsemaní eleva al Padre la oración doliente de su alma afligida y casi horrorizada (Mc 14, 35-39 y paralelos), y en la cruz le dirige las últimas invocaciones, llenas de angustia (Mt 27, 46), pero también de abandono confiado (Lc 23, 46). Se puede decir que toda la misión de Cristo está animada por la oración, desde el inicio de su ministerio mesiánico hasta el acto sacerdotal supremo: el sacrificio de la cruz, que se realizó en la oración.

2. Los que han sido llamados a participar en la misión y el sacrificio de Cristo encuentran en la comparación con su ejemplo el impulso para dar a la oración el lugar que le corresponde en su vida, como fundamento, raíz y garantía de santidad en la acción. Más aún, Jesús nos enseña que no es posible un ejercicio fecundo del sacerdocio sin la oración, que protege al presbítero del peligro de descuidar la vida interior dando la primacía a la acción, y de la tentación de lanzarse a la actividad hasta perderse en ella.

También el Sínodo de los obispos de 1971, después de haber afirmado que la norma de la vida sacerdotal se encuentra en la con-



sagración a Cristo, fuente de la consagración de sus Apóstoles, aplica la norma a la oración con estas palabras: "A ejemplo de Cristo que estaba continuamente en oración y guiados por el Espíritu Santo, en el cual clamamos Abba, Padre, los presbíteros deben entregarse a la contemplación del Verbo de Dios y aprovecharla cada día como una ocasión favorable para reflexionar sobre los acontecimientos de la vida a la luz del Evangelio, de manera que, convertidos en oyentes fieles y atentos del Verbo, logren ser ministros veraces de la Palabra. Sean asiduos en la oración personal, en la recitación de la liturgia de las Horas, en la recepción frecuente del sacramento de la penitencia y, sobre todo, en la devoción al misterio eucarístico" (Documento conclusivo de la II Asamblea general del Sínodo de los obispos sobre el sacerdocio ministerial, n. 3).

3. El concilio Vaticano II, por su parte, había recordado al presbítero la necesidad de que se encuentre habitualmente unido a Cristo, y para ese fin le había recomendado la oración frecuente: "De muchos modos, especialmente por la alabada oración mental y por las varias formas de preces que libremente eligen, los presbíteros buscan y fervorosamente piden a Dios aquel espíritu de verdadera adoración por el que... se unan íntimamente con Cristo, mediador del Nuevo Testamento" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Como se puede comprobar entre las diversas for-

mas de oración el Concilio subraya la oración mental, que es un modo de oración libre de formulas rígidas, no requiere pronunciar palabras y responde a la guía del Espíritu Santo en la contemplación del misterio divino.

4. El Sínodo de los obispos de 1971 insiste, de forma especial, en "la contemplación de la palabra de Dios. No nos debe impresionar la palabra contemplación a causa de la carga de compromiso espiritual que encierra. Se puede decir que, independientemente de las formas estilos de vida, entre los que la vida contemplativa sigue siendo siempre la joya más preciosa de la Esposa de Cristo, la Iglesia, vale para todos la invitación escuchar y meditar la palabra de Dios con espíritu contemplativo, a fin de alimentar con ella tanto la inteligencia como el corazón. Eso favorece en el sacerdote la formación de una mentalidad, de un modo de contemplar el mundo con sabiduría, en la perspectiva del fin supremo: Dios y su plan de salvación.

El Sínodo dice: "Juzgar los acontecimientos a la luz del Evangelio" (cf. *ib.*). En eso estriba la sabiduría sobrenatural, sobre todo como don del Espíritu Santo, que permite juzgar bien la luz de las razones últimas, de las cosas eternas. La sabiduría se convierte así en la principal ayuda para pensar, juzgar

valorar como Cristo todas las cosas, tanto las grandes como las pequeñas, de forma que el sacerdote -al igual e incluso más que cualquier otro cristiano- refleje en sí la luz, la adhesión al Padre, el celo por el apostolado, el ritmo de oración y de acción, e incluso el aliento espiritual de Cristo. A esa meta se puede llegar dejándose guiar por el Espíritu Santo en la meditación del Evangelio, que favorece la profundización de la unión con Cristo, ayuda a entrar cada vez más en el pensamiento del Maestro y afianza la adhesión a él de persona a persona.

Si el sacerdote es asiduo en esa meditación, permanece más fácilmente en un estado de gozo consciente, que brota de la percepción de la íntima realización personal de la palabra de Dios, que él debe enseñar a los demás. En efecto, como dice el Concilio, los presbíteros, "buscando cómo puedan enseñar más adecuadamente a los otros lo que ellos han contemplado, gustarán más profundamente las irasqueables riquezas de Cristo" (*Ef* 3, 8) y la multiforme sabiduría de Dios" (*Presbyterorum ordinis*, 13). Pidamos al Señor que nos conceda un gran número de sacerdotes que en la vida de oración descubran, asimilen y gusten la sabiduría de Dios y, como el apóstol Pablo (cf. *ib.*), sientan una inclinación sobrenatural a anunciarla y difundirla como verdadera razón de su apostolado (cf. *Pastores dabo vobis*, 47).

5. Hablando de la oración de los presbíteros, el Concilio recuer-

da y recomienda también la *liturgia de las Horas*, que une la oración personal del sacerdote a la de la Iglesia. "En la recitación del Oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que en nombre de todo el género humano, persevera en la oración, juntamente con Cristo, que vive siempre para interceder por nosotros (*Hb* 7, 25)" (*Presbyterorum ordinis*, 13).

En virtud de la misión de representación e intercesión que se le ha confiado, el presbítero está obligado a realizar esta forma de oración oficial, hecha por delegación de la Iglesia no sólo en nombre de los creyentes, sino también de todos los hombres, e incluso de todas las realidades del universo (cf. *Código de derecho canónico*, can. 1174, § 1). Por ser partícipe del sacerdocio de Cristo, intercede por las necesidades de la Iglesia, del mundo y de todo ser humano, consciente de ser intérprete y vehículo de la voz universal que canta la gloria de Dios y pide la salvación del hombre.

6. Conviene recordar que, para asegurar mejor la vida de oración, así como para afianzarla y renovarla acudiendo a sus fuentes, el Concilio invita a los sacerdotes a dedicar -además del tiempo necesario para la práctica diaria de la oración- periodos más largos a la intimidad con Cristo: "Dediquen de buen agrado tiempo al retiro espiritual" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Y también les recomienda: "Estimen altamente la dirección espiri-

tual" (ib.), que será para ello como la mano de un amigo y de un padre que les ayuda en su camino. Atesorando la experiencia de las ventajitas de esta guía, los presbíteros estarán mucho más dispuestos a ofrecer, a su vez, esa ayuda a las personas con quienes deben ejercer su ministerio pastoral. Ese será un gran recurso para muchos hombres de hoy, especialmente para los jóvenes, y constituirá un factor decisivo en la solución del problema de las vocaciones, como muestra la experiencia de muchas generaciones de sacerdotes y religiosos.

En la catequesis anterior aludimos ya a la importancia del sacramento de la penitencia. El Concilio, al respecto, recomienda al presbítero su recepción frecuente. Es evidente que quien ejerce el ministerio de reconciliar a los cristianos con el Señor por medio del sacramento del perdón, deba recurrir también a él. Debe ser el primero en reconocerse pecador y en creer en el perdón divino que se

manifiesta con la absolución sacramental. Al administrar el sacramento del perdón, esta conciencia de ser pecador le ayudará a comprender mejor a los pecadores. ¿No dice, acaso, la carta a los Hebreos a propósito del sacerdote: tomando de entre los hombres, "puede sentir compasión hacia los ignorantes extraviados, por estar también envuelto el flaqueza" (Hb 5, 2)? Además, si recurre personalmente al sacramento de la penitencia, presbítero se sentirá impulsado a una mayor disponibilidad a administrar este sacramento a los fieles que lo soliciten. Se trata también de una gran urgencia en la pastoral de nuestro tiempo.

7. Pero la oración de los presbíteros alcanza su cima en la celebración eucarística, "su principal ministerio" (*Presbyterorum ordinis*, 13). Es un aspecto tan importante para la vida de oración del sacerdote, que quiero dedicarle próxima catequesis.

La Eucaristía en la vida espiritual del Presbítero

La mirada de los creyentes de todo el mundo se dirige en estos días hacia Sevilla, donde, como sabéis muy bien, se está celebrando el Congreso eucarístico internacional y adonde tendré el gozo de acudir el sábado y domingo próximos.

Al comienzo de este encuentro, en el que reflexionaremos sobre el valor de la Eucaristía en la vida espiritual del presbítero, os quiero dirigir una invitación paternal a uniros espiritualmente a esa grande e importante celebración, que nos llama a todos a una auténtica renovación de la fe y la devoción hacia la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

1. Las catequesis que estamos desarrollando sobre la vida espiritual del sacerdote valen de manera especial para los presbíteros, pero se dirigen igualmente a todos los fieles, ya que conviene que todos conozcan la doctrina de la Iglesia acerca del sacerdocio y lo que ella espera de quienes, por su ordenación, han sido transformados según la imagen sublime de Cristo, eterno sacerdote y hostia santísima del sacrificio salvífico. Esa imagen quedó trazada en la carta a los Hebreos y en otros textos de los Apóstoles y los evangelistas, y ha sido transmitida fielmente por la tradición de pensamiento y vida de la Iglesia. También hoy es necesario que el clero siga permaneciendo fiel a esa imagen, en la que se refleja la verdad viva de Cristo, sacerdote y hostia.

2. La reproducción de esa imagen en los presbíteros se realiza principalmente mediante su participación vital en el misterio eucarístico, al que está esencialmente ordenado y vinculado el sacerdocio cristiano. El concilio de Trento subrayó que el vínculo existente entre sacerdocio y sacrificio depende de la voluntad de Cristo, que dio a sus ministros "el poder de consagrar, ofrecer y administrar su cuerpo y su sangre" (cf. Denz. S., 1.764). Eso implica un misterio de comunión con Cristo en el ser y en el obrar, que exige que se manifieste en una vida espiritual imbuida de fe y amor a la Eucaristía.

El sacerdote es plenamente consciente de que no le bastan sus propias fuerzas para alcanzar los objetivos del ministerio, sino que está llamado a servir de instrumento para la acción victoriosa de Cristo, cuyo sacrificio, hecho presente en el altar, proporciona a la humanidad la abundancia de los dones divinos. Pero sabe también que, para pronunciar dignamente, en el nombre de Cristo, las palabras de la consagración: "Esto es mi cuerpo", "Este es el cáliz de mi sangre", debe vivir profundamente unido a Cristo, y tratar de reproducir en sí mismo su rostro. Cuando más intensamente viva de la vida de Cristo, tanto más auténticamente podrá celebrar la Eucaristía.

El Concilio Vaticano II recordó que "señaladamente en el sacrificio de la misa, los presbíteros representan a Cristo" *Presbyterorum ordinis*, 13) y que, por esto mismo, sin sacerdote no puede haber sacrificio eucarístico; pero también reafirmó que cuantos celebran este sacrificio deben desempeñar su papel en íntima unión espiritual con Cristo, con gran humildad, como ministros suyos al servicio de la comunidad: deben "imitar lo mismo que tratan, en el sentido de que, celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias" (ib.). Al ofrecer el sacrificio eucarístico, los presbíteros deben ofrecerse personalmente con Cristo, aceptando todas las renunciaciones y todos los sacrificios que exige la vida sacerdotal. También ahora y siempre, con Cristo y como Cristo, sacerdotes et hostia.

3. Si el presbítero siente esta verdad que se le propone a él y a todos los fieles como expresión del Nuevo Testamento y de la Tradición, comprenderá la encarecida recomendación del Concilio en favor de una "celebración cotidiana (de la Eucaristía), la cual, aunque no pueda haber en ella presencia de fieles, es ciertamente acto de Cristo y de la Iglesia" (ib.). Por esos años existía cierta tendencia a celebrar la Eucaristía sólo cuando había una asamblea de fieles. Según el Concilio, aun que es preciso hacer todo lo posible para reunir a los fieles para la celebración, es verdad también que, aun estando solo el sacerdote, la ofrenda eucarística realizada por él en nombre de Cristo tiene la eficacia que proviene de Cristo y proporciona siempre nuevas gracias a la Iglesia. Por consiguiente, también yo recomiendo a los presbíteros y a todo el pueblo cristiano que pidan al Señor una fe más intensa en este valor de la Eucaristía.

4. El Sínodo de los obispos de 1971 recogió la doctrina conciliar, declarando: "Esta celebración de la Eucaristía, aun cuando se haga sin participación de los fieles, sigue siendo, sin embargo, el centro de la vida de toda la Iglesia y el corazón de la existencia sacerdotal".

¡Gran expresión esa de "el centro de la vida de toda la Iglesia"! La Eucaristía es la que hace a la Iglesia, al igual que la Iglesia hace a la Eucaristía. El presbítero, encargado de edificar la Iglesia, realiza esta tarea esencialmente con la Eucaristía. Incluso cuando no cuenta con la participación de los fieles, coopera a reunir a los hombres en torno a Cristo en la Iglesia mediante la ofrenda eucarística.

El Sínodo afirma, también, que la Eucaristía es el corazón de la existencia sacerdotal. Eso quiere decir que el presbítero, deseoso de ser y permanecer personal y profundamente adherido a Cristo, lo encuentra ante todo en la Eucaristía, sacramento que realiza esta unión íntima, abierta a un crecimiento que puede llegar hasta el nivel de una identificación mística.

5. También en este nivel, que han alcanzado muchos sacerdotes santos, el alma sacerdotal no se cierra en sí misma, precisamente porque en la Eucaristía participa de modo especial de la "caridad de Aquel que se da en manjar a los fieles" (*Presbyterorum ordinis*, 13); y, por tanto, se siente impulsada a darse a sí misma a los fieles, a quienes distribuye el Cuerpo de Cristo. Precisamente al nutrirse de ese Cuerpo, se siente estimulada a ayudar a los fieles a abrirse a su vez a esa misma presencia, alimentándose de su caridad infinita, para sacar del Sacramento un fruto cada vez más rico.

Para lograr este fin el presbítero puede y debe crear el clima necesario para una celebración eucarística fructuosa: el clima de la oración. Oración litúrgica, a la que debe invitar y educar al pueblo. Oración de contemplación personal. Oración de las sanas tradiciones populares cristianas, que pueden preparar, seguir y, en cierto modo, también acompañar la misa. Oración de los lugares sagrados, del arte sagrado, del canto sagrado, de las piezas musicales (especialmente con el órgano), que se encuentra casi encarnada en las fórmulas y los ritos, y todo lo anima y reanima continuamente, para que pueda participar en la glorificación de Dios y en la elevación espiritual del pueblo cristiano reunido en la asamblea eucarística.

6. El Concilio, además de la celebración cotidiana de la misa, recomienda también al sacerdote "el cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal de la santísima Eucaristía" (*Presbyterorum ordinis*, 18). La fe y el amor a la Eucaristía no pueden permitir que Cristo se quede solo en el tabernáculo (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 1.418). Ya en el Antiguo Testamento se lee que Dios habitaba en una

tienda (o tabernáculo), que se llamaba "tienda del encuentro" (Ex 33, 7). El encuentro era anhelado por Dios. Se puede decir que también en el tabernáculo de la Eucaristía Cristo está presente con vistas a un coloquio con su nuevo pueblo y con cada uno de los fieles. El Presbítero es el primer invitado a entrar en esta tienda del encuentro, para visitar a Cristo presente en el tabernáculo para un coloquio cotidiano.

Quiero, por último, recordar que el presbítero está llamado más que cualquier otra persona a compartir la disposición fundamental de Cristo en este sacramento, es decir, la acción de gracias de la que toma su nombre. Uniéndose a Cristo, sacerdote y hostia, el presbítero comparte no sólo su oblación, sino también su sentimiento, su disposición de gratitud a la humanidad, a toda alma, al presbítero mismo, a todos los que en el cielo y en la tierra son admitidos a tomar parte en la gloria de Dios. *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*. Así, a las expresiones de acusación y protesta contra Dios -que a menudo se escuchan en el mundo- el presbítero opone el coro de alabanzas y bendiciones, que elevan quienes saben reconocer en el hombre y en el mundo los signos de una bondad infinita.

La devoción a María Santísima en la vida del presbítero

1. En la biografías de los sacerdotes santos siempre se halla documentada la gran importancia que han atribuido a María en su vida sacerdotal. Esas vidas escritas quedan confirmadas por la experiencia de las vidas vividas de tantos queridos y venerados presbí-

teros a quienes el Señor ha puesto como ministros verdaderos de la gracia divina en medio de las poblaciones encomendadas a su cuidado pastoral, o como predicadores, capellanes, confesores, profesores y escritores. Los directores y maestros del espíritu insisten en la importancia de la devoción a la Virgen en la vida del sacerdote, como apoyo eficaz en el camino de santificación, fortaleza constante en las pruebas personales y energía poderosa en el apostolado.

También el Sínodo de los obispos de 1971 ha transmitido estas

recomendaciones de la tradición cristiana a los sacerdotes de hoy, afirmando que "con el pensamiento puesto en las cosas celestiales y sintiéndose partícipe de la comunión de los santos, el presbítero mire con frecuencia a María, Madre de Dios, que recibió con fe perfecta al Verbo de Dios, y le pida cada día la gracia de conformarse a su Hijo". La razón profunda de la devoción del presbítero a María santísima se funda en la relación esencial que se ha establecido en el plan divino entre la madre de Jesús y el sacerdocio de los ministros del Hijo. Queremos profundizar este aspecto tan importante de la espiritualidad sacerdotal y sacar sus consecuencias prácticas.

2. La relación de María con el sacerdocio deriva, ante todo, del hecho de su maternidad. Al convertirse con su aceptación del mensaje del ángel en madre de Cristo, María se convirtió en madre del sumo sacerdote. Es una realidad objetiva: asumiendo con la Encarnación la naturaleza humana, el Hijo eterno de Dios cumplió la condición necesaria para llegar a ser, mediante su muerte y su resurrección, el sacerdote único de la humanidad (cf. Hb 5, 1). En el momento de la Encarnación, podemos admirar una armonía perfecta entre María y su Hijo. En efecto, la carta a los Hebreos nos muestra que "entrando en el mundo" Jesús dio a su vida una orientación sacerdotal hacia su sacrificio personal, diciendo a Dios: "Sacrificio y obla-

ción no quisiste; pero me has formado un cuerpo [...]. Entonces dije: ¡He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad!" (Hb 10, 5-7). El evangelio nos refiere que, en el mismo momento, la Virgen María expresó idéntica disposición, diciendo: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Esta armonía perfecta nos muestra que entre la maternidad de María y el sacerdocio de Cristo se estableció una relación íntima. De aquí deriva la existencia de un vínculo especial del sacerdocio ministerial con María santísima.

3. Como sabemos, la Virgen santísima desempeñó su papel de madre no sólo en la generación física de Jesús, sino también en su formación moral. En virtud de su maternidad, le correspondió educar al niño Jesús de modo adecuado a su misión sacerdotal, cuyo significado había comprendido en el anuncio de la Encarnación.

En la aceptación de María puede, por tanto, reconocerse una adhesión a la verdad sustancial del sacerdocio de Cristo y la disposición a cooperar en su realización en el mundo. De esta forma, se ponía la base objetiva del papel que María estaba llamada a desempeñar también en la formación de los ministros de Cristo, partícipes de su sacerdocio. He aludido a ello en la exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis: cada aspecto de la formación sacerdotal puede referirse a María (n. 82).

4. Por otra parte, sabemos que la Virgen vivió plenamente el misterio de Cristo, que fue descubriendo cada vez más profundamente gracias a su reflexión personal sobre los acontecimientos del nacimiento y de la niñez de su Hijo (cf. Lc 2, 19; 2, 51). Se esforzaba por penetrar, con su inteligencia y su corazón, el plan divino, para colaborar con él de modo consciente y eficaz. ¿Quién mejor que ella podría iluminar hoy a los ministros de su Hijo, llevándolos a penetrar las riquezas inefables de su ministerio para actuar en conformidad con su misión sacerdotal?

Maria fue asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo, compartiendo su voluntad de salvar el mundo mediante la cruz. Ella fue la primera persona y la que con más perfección participó espiritualmente en su oblación de Sacerdos et Hostia. Como tal, a los que participan en el plano ministerial del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder cada vez mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica: sobre todo, la gracia de la fe, de la esperanza y de la perseverancia en las pruebas, reconocidas como estímulos para una participación más generosa en la ofrenda redentora.

5. En el Calvario Jesús confió a María una maternidad nueva, cuando le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19, 26). No podemos

desconocer que en aquel momento Cristo proclamaba esa maternidad con respecto a un sacerdote, el discípulo amado. En efecto, según los evangelios sinópticos, también Juan había recibido del Maestro, en la cena de la víspera, el poder de renovar el sacrificio de la cruz en conmemoración suya; pertenecía, como los demás Apóstoles, al grupo de los primeros sacerdotes; y reemplazaba ya, ante María, al Sacerdote único y soberano que abandonaba el mundo. La intención de Jesús en aquel momento era, ciertamente, la de establecer la maternidad universal de María en la vida de la gracia con respecto a cada uno de los discípulos de entonces y de todos los siglos. Pero no podemos ignorar que esa maternidad adquiría una fuerza concreta e inmediata en relación a un Apóstol sacerdote. Y podemos pensar que la mirada de Jesús se extendió, además de a Juan, siglo tras siglo, a la larga serie de sus sacerdotes, hasta el fin del mundo. Y a cada uno de ellos, al igual que al discípulo amado, los confió de manera especial a la maternidad de María.

Jesús también dijo a Juan: "Ahí tienes a tu madre" (Jn 19, 27). Recomendaba, así, al Apóstol predilecto que tratara a María como a su propia madre; que la amara, venerara y protegiera durante los años que le quedaban por vivir en la tierra, pero a la luz de lo que estaba escrito de ella en el cielo, al que sería elevada y glorificada. Esas palabras son el origen del culto mariano. Es significativo que

estén dirigidas a un sacerdote. ¿No podemos deducir de ello que el sacerdote tiene el encargo de promover y desarrollar ese culto, y que es su principal responsable?

En su evangelio, Juan subraya que "desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa: (Jn 19, 27). Por tanto, respondió inmediatamente a la invitación de Cristo y tomó consigo a María, con una veneración en sintonía con aquellas circunstancias. Quisiera decir que también desde este punto de vista se comportó como un verdadero sacerdote. Y, ciertamente, como un fiel discípulo de Jesús.

Para todo sacerdote, acoger a María en su casa significa hacerle un lugar en su vida, y estar unido ella diariamente con el pensamiento, los afectos y el celo por el reino de Dios y por su mismo culto (cf. Catecismo de la Iglesia católica nn. 2.673-2.679).

6. ¿Qué hay que pedir a María como Madre del sacerdote? Hoy, del mismo modo —o quizá más— que cualquier otro tiempo, el sacerdote debe pedir a María, de modo especial la gracia de saber recibir el don de Dios con amor agradecido, apreciándolo plenamente como ella hizo en el Magnificat; la gracia de generosidad en la entrega perso-

nal, para imitar su ejemplo de Madre generosa; la gracia de la pureza y la fidelidad en el compromiso del celibato, siguiendo su ejemplo de Virgen fiel; la gracia de un amor ardiente y misericordioso, a la luz de su testimonio de Madre de misericordia.

El presbítero ha de tener presente siempre que en las dificultades que encuentre puede contar con la ayuda de María. Se encomienda a ella y le confía su persona y su ministerio pastoral, pidiéndole que lo haga fructificar abundantemente. Por último, dirige su mirada a ella como modelo perfecto de su vida y su ministerio, porque ella, como dice el Concilio, "guiada por el Espíritu Santo, se consagró toda al ministerio de la redención de los hombres; los presbíteros reverenciarán y amarán, con filial devoción y culto, a esta madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio" (Presbyterorum ordinis, 18).

Exhorto a mis hermanos en el sacerdocio a alimentar siempre esta verdadera devoción a María y a sacar de ella consecuencias prácticas para su vida y su ministerio. Exhorto a todos los fieles a encomendarse a la Virgen, juntamente con nosotros, los sacerdotes, y a invocar sus gracias para sí mismos y para toda la Iglesia.

HOMILIAS:

Jornada mundial de la paz

Hoy, primer día del año,
queremos profesar y
anunciar que Jesús es
nuestra Paz

Como en años anteriores, el día primero del año, solemnidad de Santa María Madre de Dios, el Vicario de Cristo celebró la misa en la basílica de San Pedro, a las 10 de la mañana. Se celebraba ese día la XXVI Jornada mundial de la paz, que tenía por tema "Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre". Asistieron al sacro rito trece cardenales, entre ellos el secretario de Estado, Angelo Sodano; el prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Eduardo Martínez Somalo; y el cardenal arcipreste de la basílica vaticana, Virgilio Noé; varios arzobispos y obispos. Participó también el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede y una gran asamblea de fieles -en la que predominaban los jóvenes- procedentes de diversas partes del mundo, muchos de ellos de México que llenaban la basílica.

1. "Se le dio el nombre de Jesús" (Lc 2, 21).

Hoy se cumple el día octavo desde el nacimiento del Hijo de María en la noche de Belén. Hoy "se le dio el nombre" de Jesús, "el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno" (Lc 2, 21).

"Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer" (Ga 4, 4). El Padre eterno quiso que a su Hijo unigénito se le diese, precisamente, este nombre: Jesús, que significa: "Dios salva". Se trata de un nombre frecuente en Israel; muchos lo habían llevado antes que él. Con todo, sólo al Redentor le dio ese nombre el Padre eterno; María y José, el día de la circuncisión, no hicieron más que cumplir su voluntad. El Padre celestial quiso que su Hijo, consustancial con él, Dios de Dios, llevase como hombre, como Hijo del hombre, el nombre de Jesús.

Ese nombre debía significar para siempre la misión que él realizó en "la plenitud de los tiempos" (cf. Ga 4, 4). Dios envió a su Hijo al mundo "para que el mundo se salve por él" (Jn 3, 17). El nombre de Jesús tiene carácter universal, es decir, expresa la voluntad salvífica de Dios con respecto al mundo, a la humanidad. "Dios... quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad". (1 Tm 2, 4).

2. Salvar significa librar del mal, y Jesús nos ha ordenado orar al Padre para eso: "Libranos del mal". Así unió nuestra oración a su misión en el mundo; una misión que marca ya el tiempo de su nacimiento en Belén: "Natus est nobis Salvator mundi".

¡Salvar! Librar del mal, vencer el mal. Todo eso no quiere decir más que abrir el paso al bien. En el hombre, eliminado el mal, no debe quedar el vacío: el mal retrocede y desaparece frente al bien.

La venida del Hijo de Dios al mundo significa que Dios quiere arrancar de forma definitiva el mal que hay en la humanidad, introduciendo al hombre en la dimensión divina del bien. En efecto, así nos lo enseña el Apóstol en la carta a los Gálatas: "Envío Dios a su Hijo, nació de mujer, nacido bajo la ley... para que recibiéramos la filiación adoptiva... De modo que ya no eres esclavo, sino hijo" (Ga 4, 4-7). Hijo, es decir, un hombre que en el poder del Espíritu puede gritar al Padre: "¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6), pues el Espíritu Santo ha sido enviado como Espíritu del Hijo.

Los que se convierten en hijos adoptivos del Dios en su Hijo único, se transforman al mismo tiempo en herederos: toman parte en el Bien imperecedero, que es Dios mismo.

Toda esta verdad se halla contenida en el nombre de "Jesús": el Salvador.

3. Según las palabras mismas de Jesús, la filiación divina está vinculada con la irradiación de la paz. "Bienaventurados los que trabajan

por la paz, por que ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5, 9). Hoy, primer día del año nuevo, queremos profesar y anunciar que *Jesús es nuestra paz*. Jesús, cuyo nombre significa "Dios Salva". *El bien de la paz se halla incluido en su misión salvífica*. Cristo mismo, a quien el profeta del Antiguo Testamento llama el príncipe de la paz, realiza la reconciliación entre Dios y la humanidad. Y esta reconciliación constituye la primera dimensión de la paz. En ella encuentra su principio y su raíz toda paz que los hijos adoptivos de Dios deben realizar en el mundo y entre los hombres, transformándose en partícipes, más aún, en "co-artífices", de la salvación mesiánica, anunciada en nombre de Jesús y traída por él al mundo: *la paz en todas sus dimensiones es un bien que entra en la salvación*. Constituye un aspecto integrante del proyecto salvífico ofrecido por Dios a la humanidad en Cristo, su Hijo. Precisamente por eso él quiso que el nombre del Redentor fuera "Jesús".

4. "Paz en la tierra a los hombres que él ama..." (Lc 2, 14), "a los hombres de buena voluntad". El mensaje de la noche de Belén habla de una relación estrecha entre la paz en la tierra y la misión del Salvador.

¿Podría ser de otra manera? Salvar significa librar del mal y lo que constituye la anécdota de la paz ¿no contiene tal vez en sí toda la evidencia del mal? Nuestro siglo, el siglo XX, ha puesto de manifiesto esa evidencia de un modo único a través de las experiencias terribles de las dos guerras mundiales, y también a través de muchos otros conflictos que, aun sin ser mundiales, han sido acontecimientos bélicos, con todo el dramatismo que esa realidad comporta.

Durante la década de los años ochenta, cuando la amenaza de la guerra nuclear se había hecho sumamente peligrosa, se reunieron en Asís los cristianos y los representantes de las demás religiones del mundo, para gritar, en el mismo lugar, "libranos del mal", "danos la paz". ¿Es posible pensar que una oración tan confiada no haya sido escuchada por el Dios de la Paz?

Hoy parece haberse alejado de la humanidad el horror de la destrucción nuclear, pero el bien de la paz no se ha consolidado en todas partes. Lo demuestran acontecimientos recientes, que tienen lugar fuera de Europa y en la misma Europa. Por desgracia, también en nuestro continente, en particular en la región de los Balcanes, no amaina la difusión del mal de la guerra destructora y de violencia. ¿Puede Europa desinteresarse de esa situación y no sentirse interpelada?

Los discípulos y los confesores de Cristo -su Iglesia- no pueden cesar de pensar y actuar con el espíritu de las ocho bienaventuranzas

"Bienaventurados los que trabajan por la paz". Precisamente por este motivo, todas las Conferencias episcopales de Europa, junto con el Obispo de Roma, han proclamado este día 1 de enero Jornada de oración por la paz en Europa, y en especial en los Balcanes. Por ello, al igual que en el año 1986, nos dirigiremos de nuevo en peregrinación a Asís.

5. ¡Europa! "El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz" (Nm 6, 26).

Así exclamamos en el nombre de Jesús, es decir, en el nombre de aquel que es el Salvador del mundo, del hombre, de todos los hombres: las naciones, los países y los continentes. El no dispone de los medios que poseen los Estados y los poderosos de esta tierra. Su poder está en la pobreza de la noche de Belén y, luego, en la cruz del Gólgota, pero se trata de un poder que penetra más a fondo. Sólo ese poder puede desarraigar de lo más profundo del ser humano el odio, primer enemigo de la paz. Solamente ese poder es capaz de transformar a los que llevan a cabo guerras y destrucciones en constructores de paz, a los que es posible dar el nombre de hijos de Dios.

6. ¡María! Hoy la Iglesia medita en el misterio de tu Maternidad. Tú eres el "recuerdo" de todas las maravillas de Dios. Tú conoces los caminos por los que ha venido al mundo el Hijo, Verbo consustancial con el Padre: Cristo, el Salvador del mundo. El es nuestra paz.

María, Madre de la paz, intercede por nosotros ante él. Intercede por nosotros. Amén.

Durante la vigilia de oración celebrada en la basílica superior de Asís. (9 de enero)

No puede haber paz sin Cristo

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

1. Esta es la hora de la oración.

Hace un rato nos reunimos todos para escuchar los testimonios de quienes han experimentado de cerca la guerra y sus consecuencias. Reflexionamos en silencio sobre las penosas vicisitudes expuestas y nos sentimos partícipes de los sufrimientos de esas poblaciones martirizadas.

Era el primer objetivo de esta vigilia: que todos los hombres y mujeres que en Europa están abiertos a los valores religiosos sientan, como producidas en su misma carne, las heridas de la guerra: la angustia, la soledad, la impotencia, el llanto, el dolor y la muerte. Quizá también la desesperación. Nos hemos convencido así con mayor fuer-

za de que esos males son algo que pesa en nuestras espaldas y oprime nuestros corazones. Ante semejante tragedia no podemos permanecer indiferentes: no podemos quedarnos dormidos. Por el contrario, tenemos que velar y orar como Señor Jesús en el huerto de Olivos, cuando cargó con todos nuestros pecados hasta el punto sudar sangre (cf. Lc 22, 44). efecto, Cristo "está en agonía hasta el fin del mundo" (Pascal, *Pensées*, 736). Y nosotros queremos acompañarlo esta noche, velando y orando.

2. Este es el segundo momento de nuestra vigilia. Para nosotros, los cristianos, se desarrolla la basílica superior de san Francisco. Los representantes del islam, igual que algunos representantes del judaísmo, se han reunido otro lugar de este convento sagrado. Muchos otros judíos, que por sus obligaciones religiosas no han

podido reunirse con nosotros aquí en Asís, se unen a nuestra súplica orando en sus sinagogas.

Al entrar en la Iglesia hemos encendido nuestras velas del cirio puesto en un lugar principal como símbolo de la presencia en medio de nosotros de Cristo, "luz del mundo". De hecho, Cristo nos prometió: "donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20).

Pero el cirio es igualmente el símbolo de la luz interior del Espíritu Santo, del que tenemos necesidad particular en este momento de oración.

Hemos escuchado juntos la palabra de la sagrada Escritura. El cirio también es símbolo de esta luz. La sagrada Escritura nos ilumina porque el Verbo habla en ella y por medio de ella. Más aún, el Verbo *se hace presente* en las palabras de los profetas, de los Apóstoles y de los evangelistas. Se nos da así la posibilidad de comprender mejor lo que debemos pedir a Dios uno y trino en esta vigilia de oración por la paz; lo que tenemos que pedir en esta *noche santa*.

3. La *clave de lectura* de las palabras que hemos oído, y el sentido de nuestra oración, se encuentra en el segundo pasaje que hemos proclamado hace un momento. El Apóstol afirma que *Cristo es nuestra paz*: "El dice san Pablo: es nuestra paz" (Ef 2, 14).

¿Qué significan para nosotros esta noche las lapidarias palabras del Apóstol?

Significan, ante todo, que no tenemos que buscar la paz *fuera* de Cristo; y, mucho menos, poniéndonos *contra él*. Por el contrario, tenemos que esforzarnos por vivir las palabras de Pablo: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo" (Flp 2, 5).

Esto supone nuestra conversión personal, que el mismo Apóstol expresó eficazmente con estos términos: "Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. (Flp 2, 3-4).

Si Cristo "derribó el muro que los separaba, la enemistad" (cf. Ef 2, 14); si Cristo "dio en sí mismo muerte a la enemistad" para "reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz" (cf. Ef 2, 16), ¿cómo puede existir todavía la enemistad en el mundo? ¿Cómo puede existir el odio? ¿Cómo es posible que se maten unos a otros?

4. Estas son las preguntas que debemos plantear a todos esta noche y, sobre todo, a nosotros mismos, ante la tragedia de Bosnia-Herzegovina y las tragedias presentes en otras partes de Europa y del mundo.

Para estas preguntas sólo existe la respuesta de la humilde petición de perdón a los pies de la cruz en la que el Señor está crucificado: para nosotros y para todos. Precisamente por eso, nuestra vigi-

lia de oración es también una vigilia de penitencia y conversión. No habrá paz sin este regreso a Jesucristo crucificado a través de la renuncia a las ambiciones, a la sed de poder, a la voluntad de sojuzgar a los otros y a la falta de respeto a los derechos de los demás.

Estas son, de hecho, las causas de la guerra, como ya enseñaba el apóstol Santiago en su carta: "¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿NO es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros?" (St 4, 1).

Cristo es nuestra paz. Cuando nos alejamos de él -en nuestra vida privada, en las estructuras de la vida social, en las relaciones entre las personas y los pueblos-, ¿qué nos queda sino el odio, la enemistad, el conflicto, la crueldad y la guerra?

Debemos orar para que su "sangre" nos haga "vecinos" es decir, cerramos los unos a los otros, puesto que nosotros mismos sólo sabemos darnos reciprocamente la espalda. "Dejémonos, pues, reconciliar con Dios" (cf. Cr 5, 20), para poder reconciliarnos entre nosotros.

5. Los conflictos que surgen alrededor de nosotros, el hambre, las privaciones, las carencias que afligen y atormentan a tantos seres humanos de un extremo al otro del mundo son un desafío para todos los que se dicen seguidores de Cristo. ¿Acaso muchos desastres no son el reflejo de la lucha que opone el mal al bien, que contrapone la

civilización del amor a una sociedad basada en el egoísmo y en la codicia? Cristo nos invita a no dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien (cf. Rm 12, 21) a construir una civilización en la que reine plenamente el amor que ponga en primer lugar respeto al "otro".

¿Es posible privar a un hombre del derecho a la vida y a la seguridad porque no es uno de nosotros, porque es "de los otros"? ¿Privar a una mujer del derecho a su integridad y su dignidad porque no es una de nosotros, porque es "de los otros"? también, ¿privar a un niño del derecho a un techo que lo proteja del derecho a alimentarse porque un niño que pertenece a los "otros"? "Nosotros", "ellos", ¿acaso no somos todos nosotros hijos de un único Dios, sus hijos amados? ¿Acaso Jesucristo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9), no vino mundo para liberarnos del pecado la división y reunirnos a todos en amor? Y cuando se mofa, se denigra, se desprecia y se maltrata "al otro" cuando "el otros" no tiene un lugar donde reclinar la cabeza, no tiene alimentos y no tiene con qué calentarse, ¿no se mofa, se denigra, desprecia y se ofende una vez más Jesucristo mismo? (cf. Mt 25, 31-46).

¿Quién podrá aflojar el abrazo cruel del mal que nos rodea?

Podemos y debemos responder con las palabras de san Pablo: "¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! (Rm 7, 25).

6. Cristo, que es nuestra paz la paz verdadera, ¿que otra herencia podría habernos dejado sino esa misma paz?

Hemos escuchado sus palabras, referidas en la página evangélica. Son palabras que conocemos muy bien. Que en esta vigilia de oración resuenen con mayor fuerza en nuestros corazones, suscitando una respuesta más convencida y generosa.

"Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo" (Jn 14, 27). Si miramos a nuestro alrededor, en el recogimiento de esta noche de Asís, ¿qué es lo que vemos? ¿De verdad nos ha dejado el Señor Jesús la paz? Entonces, ¿cómo es que hay tanto violencia a nuestro alrededor, y algunos países de los que venimos se hallan incluso en guerra? ¿Qué hemos hecho con el don del Señor y con su herencia preciosa? ¿No será que hemos preferido una paz "como la da el mundo": una paz que consiste en el silencio de los oprimidos, en la impotencia de los vencidos y en la humillación de cuantos -hombres y pueblos- ven su derechos pisoteados?

La paz verdadera, que Jesús nos ha dejado, se apoya en la justicia y florece en el amor y en la reconciliación. Es fruto del Espíritu Santo, "a quien el mundo no puede recibir" (Jn 14, 17). ¿Acaso no enseña el Apóstol que "el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz..." (Ga 5, 22)? "No hay paz para los malvados" -dice mi Dios-, nos ha recordado hace un

rato el profeta Isaías (57, 21).

7. "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). Esta noche el Espíritu nos enseña y nos recuerda cuál es la fuente de la paz verdadera y dónde hay que buscarla. Por eso nos hemos reunido en este lugar sagrado, bajo la mirada y la protección de san Francisco.

"Señor, haz de mí un instrumento de tu paz".

"Señor, danos la paz", dala a todos, tal como ya nos la hemos dado reciprocamente y ahora nos la daremos unos a otros en esta celebración litúrgica.

Que se derrame esta noche sobre Europa y el mundo desde el costado abierto de Cristo. En el mensaje navideño de 1990 que hemos oído hace poco, ¿acaso no nos decía el llorando patriarca Dimitrios I: "Esta paz no es un idea o un lema; es una realidad que deriva de la humanidad extrema, la Kénosis y del autosacrificio del Hijo de Dios?"

Frente al misterio de sufrimiento y muerte que son las guerras, nuestra vigilia de oración no quiere ser una respuesta aislada, fugaz y momentánea, sino más bien la aceptación renovada de la herencia que Cristo nos ha dejado. ¿Acaso no nos dejó la paz cuando se encaminó hacia la cruz y cuando, habiendo resucitado, volvió a nosotros? (cf. Jn 20, 19).

La paz en la tierra es Tarea nuestra, de los hombres y las mujeres "de buena voluntad". Es tarea, en particular, de los cristianos. Somos responsables de ella ante el mundo y en el mundo, que sigue privado de la paz verdadera si Jesucristo no se la da mediante sus "instrumentos de paz", mediante los "constructores de paz" (cf. Mt 5, 9). Decía Pablo VI en el fragmento que hemos leído hace unos instantes: "Nuestra misión es lanzar la palabra 'paz' en medio de los hombres que luchan entre sí. Nuestra misión es recordar a los hombres que son hermanos. Nuestra misión es enseñar a los hombres a amarse, a reconciliarse y a educarse en la paz".

8. Reunidos aquí esta noche, estamos invitados a reflexionar sobre la contribución que cada uno de nosotros, cada una de nuestras Iglesias, está llamada a ofrecer al servicio de la paz.

Hay una contribución, sin embargo, que ciertamente es común a todos nosotros: se trata de la oración. Por eso el Obispo de Roma, junto con los presidentes de las Conferencias episcopales de Europa, ha querido invitar a sus hermanos y hermanas en la fe, y a los jefes de las otras Iglesias y comunidades cristianas, así como a los judíos y a los musulmanes, a venir a Asís para orar por la paz. Y ha invitado también a las Iglesias particulares de Europa a hacer lo mismo. Durante esta vigilia Europa alzarán en todas sus lenguas una súplica acon-

gojada al Dios de la paz, a fin de que conceda finalmente este bien esencial a muchos de sus pueblos que todavía se encuentran desgarrados por el azote de la guerra.

Aceptar la herencia de Cristo en este campo significa, antes que nada, orar por la paz. Significa también dar un testimonio común de la herencia recibida, de nuestra responsabilidad ante ella y de nuestro compromiso constante en favor de la paz.

Al lado de este compromiso primario está, también, el compromiso en favor de la justicia. "En excelso y sagrado yo moro -dice Señor por boca de Isaías- y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu los abatidos, para avivar el ánimo los humillados" (57, 15). Esta noche todos queremos renovar nuestro compromiso en favor de los últimos, de las víctimas de la guerra, cuyo grito silencioso penetra en los cielos.

9. En el mensaje para Jornada mundial de la paz de este año me he detenido en la relación entre pobreza y paz. Los pobres son el cortejo triste que acompaña los conflictos, pero las injusticias cometidas contra ellos, son las que provocan y alimentan los conflictos. El respeto a las personas y a los pueblos es el camino seguro para llegar a la paz.

Cada uno de nosotros está llamado a seguir ese camino. Cada paso, incluso pequeño, por este

camino bendito nos lleva más cerca de la concordia y de la paz: proclamar los derechos de todos y de cada uno; afirmar la dignidad de todo hombre y de toda mujer, cualquiera que sea su etnia, el color de su piel y su profesión religiosa; denunciar los abusos..., éstos son algunos de los pasos que queremos comprometernos a dar esta noche como herederos de la paz de Jesús.

Cristo es nuestra paz. La conquistó para nosotros en la cruz, y nos la da también en esta noche

santa para que nosotros, mediante la gracia del Espíritu Santo, con la palabra y la acción, con la actitud de cada hora y cada día, la transmitamos al mundo que no tiene paz.

Dice Isaías: "Poniendo alabanza en los labios: ¡Paz, paz al de lejos y al de cerca!" -dice el Señor-. "Yo le curaré" (57, 19).

Que esta noche el Señor ponga en nuestros labios la palabra paz, para curarnos a todos. Amén.

Durante el funeral del Card. Sebastiano Baggio

Un ejemplo admirable de servicio competente y fiel a la Iglesia

Juan Pablo II presidió, la tarde del 23 de marzo, en la basílica de San Pedro, el funeral por el cardenal Sebastiano Baggio, camarlingo de la santa Iglesia romana, que falleció en el hospital policlínico "Gemelli" de Roma el domingo 21 de marzo.

Concelebraron con el Santo Padre el Cardenal Angelo Rossi, decano del Colegio cardenalicio, y Bernardín Gantin, prefecto de la Congregación para los obispos (que sucedió en el cargo al cardenal Baggio), con otros 34 cardenales, entre ellos el secretario de Estado, Angelo Sodano. Además del Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa sede, participaron en las exequias dos hermanas del cardenal fallecido y otros familiares, así como el presidente del Senado de Chile, Gabriel Valdés, de cuyo país el cardenal fue representante pontificio durante seis años. Ofrecemos la traducción de la homilía que pronunció en esta ocasión el Romano Pontífice.

1. "Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; porque he bajado del cielo... para hacer la voluntad del que me ha enviado. Y está es la voluntad del que me ha enviado; que no pierda nada de los que él me ha dado..." (Jn 37-39).

Señores cardenales y queridos hermanos y hermanas, las palabras de Jesús que refiere el evangelista Juan, son para nosotros de gran consuelo, porque nos proporcionan la certidumbre de la salvación de los que mueren en Cristo.

El cardenal Sebastiano Baggio no ha dejado y creemos que está la luz y en la paz del Altísimo, porque la voluntad de Dios es que no pierda ninguno de los que han amado y servido a Cristo durante toda vida.

De vez en cuando, en el desarrollo a veces casi frenético de las múltiples ocupaciones que la vida moderna y las exigencias de la Iglesia actual imponen, la Providencia nos detiene ante los restos mortales de un hermano nuestro y nos invita a reflexionar: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro" (Hb 13, 14), advierte el autor de la carta a los Hebreos, y añade: "Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego viene el juicio" (Hb 9, 27). San Pablo, en la carta a los Corintios, comenta: "Es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida, el bien o mal" (2 Co 5, 10).

La querida persona del cardenal Baggio nos recuerda hoy la lección austera y severa de la palabra de Dios, que también es para nosotros mensaje de certidumbre consoladora. Ofreciendo en su sufragio la santa misa exequial, recordamos cómo se distinguió en los numerosos cargos que tuvo por su competencia y celo eclesial, con que desarrolló las misiones que se le confiaron durante su largo y apasionado servicio a la Santa Sede.

2. Contemplando, de forma sintética la vida del llorado cardenal, nos sentimos impresionados al comprobar el vasto trabajo que desarrolló diferentes campos, todos de gran importancia y notable delicadeza. Indudablemente, fue una personalidad eclesial insigne.

Nació en Rosà, diócesis de Vicenza, el 16 de mayo de 1913. Después de haberse diplomado en estudios clásicos, entró en el seminario Vicenza, donde realizó los estudios de filosofía y teología. Enviado a Roma para seguir los cursos de la Pontificia Universidad Gregoriana, fue ordenado sacerdote y obtuvo el doctorado en derecho canónico. En 1938

inició su servicio directo a la Santa Sede, desempeñando su trabajo en las nunciaturas de El Salvador, Bolivia, Venezuela y Colombia, donde, en calidad de encargado de asuntos, se ocupó, en Cali, entre otras cosas, del Congreso eucarístico de los países bolivarianos. En el período de actividad en la Secretaría de Estado (1946-1948), y después como sustituto de la Congregación consistorial (1950-1953), al igual que durante su permanencia en los países de América Latina, realizó siempre un intenso trabajo pastoral, ejerciendo su ministerio en la parroquia de Casal Bertone, dedicándose a la atención de los niños de Villa Nazaret y asumiendo la responsabilidad de asistente general del ASCI (Asociación italiana de scouts). En 1953 Pío XII lo nombró nuncio apostólico en Chile, donde permaneció durante seis años, secundando al Episcopado chileno en la promoción de varias iniciativas pastorales, especialmente en ayuda de las poblaciones más necesitadas. En 1959 fue nombrado delegado apostólico en Canadá, donde visitó todas las diócesis, promoviendo de modo especial la asistencia a los inmigrantes portugueses e italianos. En 1964 fue nombrado nuncio apostólico en Brasil y en esta inmensa nación desarrolló una actividad intensa, promoviendo la erección de diecisiete nuevas diócesis y visitando las zonas más pobres y abandonadas, y ayudando en todo lo posible a los misioneros.

En el consistorio de 1969 Pablo VI lo creó cardenal; después, lo nombró arzobispo de Cagliari; cuatro años más tarde lo designó prefecto de la Congregación para los obispos. De este modo, el cardenal Baggio comenzaba un nuevo período de vida y responsabilidad en Roma, en un dicasterio de suma importancia para la Iglesia, uniendo además en su persona los cargos de presidente de la Comisión pontificia para América Latina y de la Comisión para la pastoral de las migraciones y el turismo.

Recordamos también que fue patrono de la soberana Orden Militar de Malta y, durante algunos años, presidente de la Comisión pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano. También era camarlengo de la Santa Iglesia romana y vicedecano del Colegio cardenalicio, además de miembro de varias congregaciones romanas.

En todos sus cargos dio prueba de profunda competencia y alta dignidad, de vasta cultura y gran equilibrio.

Por tanto, su vida fue verdaderamente intensa y se caracterizó por servicios eclesiales preciosos, por los cuales ahora con razón expresamos aprecio y reconocimiento.

3. ¿Qué nos dice en este momento a nosotros aquí reunidos en oración y meditación, nuestro amado hermano cardenal, que nos ha abandonado?

El hecho de haber servido a la Iglesia durante toda su vida, en tantos países diversos y en muy variadas misiones, siempre con entrega absoluta y generosidad total, debe ser para nosotros *un estímulo a creer con fe cada vez más firme en Jesucristo*, el Verbo encarnado, *y a amar con un compromiso cada vez más convencido a la Iglesia*, querida y fundada por él para el magisterio auténtico y perenne de la verdad, para el ministerio que salva y santifica, y para guiar al pueblo de Dios, cuerpo místico de Cristo llamado a vivir eternamente en la comunión bienaventurada de la vida trinitaria.

En la historia de la humanidad, cada vez más turbada por desórdenes y agitaciones, *la Iglesia sigue siendo* faro de luz y puerto de salvación. Aunque, por el hecho de estar insertada en los acontecimientos humanos a veces puede ser influenciada y sacudida, la Iglesia siempre se recupera renueva, pues su origen y misión son divinos.

Jesús decía a los Apóstoles: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí" (Jn 14, 1). Y agregaba: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3). Y esto parece querer repetírnos el cardenal Baggio, ahora que ha cumplido su camino terreno y ha entrado en el gozo del Señor. Durante su larga vida, rica en encuentros y experiencias, nuestro hermano cardenal vio crecer la cizaña, pero también el trigo. Nos exhorta ahora a *ser trigo*, a arrojar a voleo la semilla genuina de la verdad y la bondad, y, en la medida de nuestras posibilidades, según los arcanos designios de la Providencia, a trabajar por transformar la cizaña en trigo.

Testigo de la estabilidad indiscutible de la Iglesia y ministro al servicio de la verdad y de la paz cristianas, el cardenal Baggio, que durante su vida conoció a personas de toda condición social y se acercó a culturas muy diferentes entre sí, también quiere enseñarnos *la amabilidad y la comprensión en las relaciones con el prójimo*. Sin duda, el mal debe ser condenado y combatido, y el error debe ser descubierto y corregido; pero el modo de hacerlo debe ser siempre delicado y respetuoso, con la convicción de que cada uno lleva su dolor, su misterio y su angustia frente a la muerte y el más allá. Precisamente el hecho de que cada persona camine inexorablemente hacia la separación suprema debe colmar el espíritu de atención, caridad, paciencia y fraternidad. Debe guiarnos constantemente el ejemplo de Cristo, quien, a pesar de ser tan estricto en sus exigencias, decía a la multitudes y lo repite también hoy: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso... aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11, 28-29).

4. Al saludar por última vez al cardenal Baggio, mi pensamiento se dirige a la visita pastoral que realicé a su diócesis de Vicenza en septiembre de 1991 y al rosario que recé el sábado por la noche en la explanada del santuario de Monte Berico.

Habíamos subido juntos al monte santo de la Virgen con el rosario en la mano y allí meditamos en María, modelo de caridad, imagen de la Iglesia, ejemplo de obediencia y amor a la voluntad del Padre, e invocamos con emoción: *María, monstra te esse Matrem!*

Con estas mismas palabras confiamos ahora a la santísima Virgen el alma del cardenal Sebastiano Baggio, mientras ofrecemos por él el sacrificio de la misa.

Que su recuerdo y su enseñanza permanezca indelebles en nosotros.

Que el Señor lo acoja pronto en el gozo eterno.

VIII Jornada mundial de la juventud

¡Bendita, seas, cruz que peregrinas con los jóvenes, atravesando países y continentes!

1. "¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" (Mt 21, 9).

Hoy, toda la Iglesia repite esa aclamación, que resonaba en los caminos que recorría Jesús de Nazaret mientras se acercaba hacia Jerusalén, la ciudad santa, por la parte del monte de los Olivos. Como había anunciado el profeta, se acercaba "montado en un asno y un pollino, hijo de animal de yugo" (Mt 21, 5).

Hoy, la Iglesia se hace eco de aquel grito cuando celebra el Domingo de Ramos: un recuerdo de aquellos ramos que los peregrinos, llegados a Jerusalén para la fiesta de Pascua, cortaban y tendían por el camino, saludando así al Hijo de David.

¡Bendito el que viene!

Con estas aclamaciones a Cristo se saludan hoy los jóvenes, la Iglesia de los jóvenes. Para ellos, éste es un día especial; ¡es su día!

Hoy, me siento particularmente unido a los hijos e hijas de todo pueblo y nación, y a todos los saludó en el nombre del que viene: Jesucristo "el mismo ayer, hoy y siempre" (cf. Hb 13, 8).

La celebración de hoy resulta más solemne por la presencia del metropolitano de Montenegro y Litoral, su eminencia Anfiloquio, y del obispo de Backa, su excelencia Ireneo, que han venido a Roma como delegados del Patriarca Pavle de la Iglesia ortodoxa de Serbia. Los saludo cordialmente, elevando con ellos el canto del *hosanna* Hijo de David, Jesucristo nuestro Señor.

2. Cristo entra en Jerusalén por última vez, al término de su peregrinación terrena, y realiza así los anuncios mesiánicos de los profetas. Los profetas habían hablado del ingreso triunfal de uno que sería mismo tiempo rey y siervo, y ofrecería sus espaldas a los que golpeaban y no hurtaría su rostro a los insultos y los salivazos (cf. 50, 6).

Los días siguientes, en Jerusalén, se cumplió exactamente todo eso. Bastaron pocos días para que el *hosanna* de júbilo se convirtiera en gritos muy diferentes, gritos de condena y de escarnio. ¿No es eso lo que había anunciado el libro del profeta Isaías, gran evangelista del Antiguo Testamento? ¿No es eso lo que había predicho también el salmo mesiánico de David? Se cumplió esos días lo que se hallaba contenido en el salmo 22: *Las manos y los pies taladrados en la cruz, los huesos contados en una lucha terrible con la muerte, el grito* Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? *Todo eso se halla ya presente en esta liturgia del Domingo de Ramos, que abre la semana pascual de la Iglesia, la Semana Santa, en la que la comunidad eclesial, más que en cualquier otro periodo, desea estar con Cristo y permanecer junto a él para penetrar en la profundidad misma de su ministerio pascual.*

3. Aquel que "siendo de condición divina, ... se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres" (Flp 2, 6-7) se nos presenta así: semejante a todos y a cada uno, especialmente a aquellos que tocan el fondo mismo del dolor. Así es. Mediante lo que resulta más difícil y duro para nuestra condición humana, él, Cristo -siendo de condición divina, por su calidad de Hijo consustancial al Padre- "se humilló así mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 8).

"Por lo cual Dios lo exaltó..." (Flp 2, 9). El Padre exaltó a su Hijo.

4. Jóvenes del mundo entero, ¡éste es vuestro día! *Día elegido por vosotros para entrar más profundamente en el núcleo del misterio de la salvación, intimamente inscrito en la vida del ser humano. Con ese misterio cada uno de nosotros debe establecer una particular alianza de corazón, de oración y de vida. De ese misterio de la redención de Cristo brotan las fuentes más fecundas de la vida y de la vocación del hombre. Aquí encuentran su fundamento más seguro las palabras elegidas como lema de la Jornada mundial de la juventud: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).*

Quando, con un profundo recogimiento, releemos el texto de la carta de san Pablo proclamado en la liturgia de hoy, es decir, las palabras sobre la humillación de Cristo y su exaltación por obra del Padre, vuelve a nuestra mente lo que él, Cristo, dijo de sí mismo en la *parábola del buen pastor*, que da la vida por su rebaño. "Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente, Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo" (Jn 10, 17-18).

Nos encontramos en el corazón mismo del misterio del Don: don gratuito, don que da el testimonio más perfecto de la libertad, don que constituye la revelación del amor pleno que redime y salva.

Quien hizo ese don de sí mismo pudo decir también: "Yo he venido para que tengáis vida..., para que la tengáis en abundancia". *La plenitud de la vida se encuentra donde está la plenitud del amor.* Y ¿dónde se halla la plenitud del amor? Cristo no ha revelado, precisamente, esa plenitud, plenitud que nos ha donado y nos sigue donando continuamente: plenitud inagotable.

5. Hace un año, en la plaza de San Pedro, se encontraron representantes de los jóvenes de todo el mundo. Los que vinieron de Europa, y más exactamente los de Polonia, trajeron de Jasna Góra, en Czestochowa, donde tuvo lugar la última jornada mundial, una cruz "peregrina", signo de las jornadas de la juventud, para entregarla a los jóvenes procedentes de los Estados

Unidos de América, dado que allí, en Denver, Colorado, se celebrará la próxima jornada mundial.

¡Bendita seas, cruz que peregrinas con los jóvenes, atravesando países y continentes! ¡Bendito seas, signo de nuestra redención, signo del amor infinito, signo de la vida!

En ti adoramos a Cristo, que entra triunfante en Jerusalén para introducir a toda la humanidad y sobre todo a los jóvenes en el misterio salvífico de su muerte y resurrección.

Te adoramos a ti, que vienes nosotros en el Evangelio y en la Eucaristía; *que caminas a nuestro lado por todos los países y continentes, para que tengamos la vida y la tengamos en abundancia.*

Celebración de la Vigilia pascual de la resurrección del Señor

La Resurrección renueva el horizonte de la historia

1. "Vosotros no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí: *Ha resucitado, como había dicho*" (Mt 28, 5-6).

La Vigilia pascual es tiempo de trepidante espera del momento gozoso en que las mujeres escucharon, junto a la tumba de Cristo, el anuncio: "¡Ha resucitado!".

¡No tengáis miedo! Ha resucitado, como había dicho.

La Vigilia pascual une en sí misma la noche y el día. Las mujeres, al amanecer, fueron al sepulcro donde Jesús había sido depositado, con el fin de ungir su cuerpo. Ellas no se esperaban, ciertamente, encontrar la tumba vacía; sin embargo, así se la encontraron, y escucharon aquellas palabras inesperadas: "¡Ha resucitado!".

Así termina la Vigilia pascual e inicia el nuevo día: *el día que ha hecho el Señor* (cf. Sal 118, 24).

2. Cada año, la Iglesia permanece en silenciosa vigilia junto al sepulcro de Cristo, participando en el misterio del Crucificado. Se "sumerge" en su muerte, "es sepultada junto con él" (cf. Rm 6, 4). Vive la muerte -destino universal del hombre- íntima y profundamente unida a Cristo.

Esta participación en la muerte del Redentor se convierte en memoria viva de todos aquellos que, iniciando desde el libro del Génesis, han atravesado el confín entre la vida y la muerte y están ahora más allá de esa frontera. Así, Moisés, del cual hemos escuchado la narración en el libro del Exodo; y después de él los grandes profetas de la antigua

alianza. Es como si, durante la liturgia de la noche de vigilia, todos estuvieran participando en la espera de la Pascua.

En efecto, la Vigilia pascual abraza la historia entera del hombre en todas sus dimensiones. En esta noche santa todos pueden afirmar de sí mismos: "Hemos muerto..." "hemos muerto con Cristo". La muerte tiene poder sobre el hombre, un poder universal.

Y he aquí que desde el interior de la tumba de Cristo llega el anuncio, un grito de alegría: *Ha resucitado. Voz que renueva completamente el horizonte de la historia del hombre*, el horizonte de la existencia humana: "La muerte ya no tiene dominio sobre él" (Rm 6, 9).

3. ¿Quién es aquel que ha resucitado, aquel sobre el cual la muerte no tiene ya ningún poder? *Es el mismo Cristo quien responde*: "por eso me ama el Padre, porque doy mi vida (por las ovejas)... Nadie me la quita; yo doy voluntariamente, *Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo...*" (Jn 10, 17-18).

Y esto se cumple en esta noche. ¡Noche espléndida! ¡Noche llena de santo resplandor! "Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él" (Rm 6, 9).

¡Se cumple plenamente la imagen del buen pastor! El diácono, acercándose al celebrante que preside la sagrada liturgia, proclama: "Os anuncio una gran alegría: Aleluya". ¡Cristo ha resucitado!

"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida" (Jn 10, 17).

4. Ha resucitado y se ha aparecido a María Magdalena. Ha resucitado y se ha encontrado con los discípulos. *Ha resucitado y sale constantemente encuentro de la Iglesia*, que permanece en vigilia junto a su tumba. "Su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios..." (Rm 6, 10).

"Fue resucitado para nuestra justificación" (Rm 4, 25).

Viene hacia nosotros como viviente. Nos trae la vida para que, muriendo al pecado, podamos vivir para Dios en Cristo Jesús (cf. Rm 11). Viene a nosotros mediante la fuerza regeneradora del sacramento: del agua y del Espíritu brota una vida nueva. El hombre nace de nuevo.

Amadísimos hermanos y hermanas, con estos sentimientos quisiera desearos una feliz y santa Pascua, que sea para todos un renacer en

Espíritu y en la novedad de vida en Cristo muerto y resucitado, Deseo cordialmente que, sobre todo vosotros, queridos catecúmenos que vais a recibir ahora los sacramentos del bautismo, la confirmación y la Eucaristía, acojáis el don precioso de la gracia divina. En cada uno de vosotros quisiera saludar a las naciones de las que provenís: Albania, Bosnia, Camboya, Corea, Estados Unidos, Francia, Japón, Laos, Nigeria, Singapur, Suecia, Tailandia y Vietnam. Y, junto a los creyentes de todo el mundo, alabemos al Creador, que ha querido la variedad de aspectos y fisonomías de la humanidad para que resplandezca mejor *el hombre nuevo*, renovado por Cristo redentor.

¡Con cuánta alegría os acoge hoy la Iglesia a vosotros que entráis en esta vida nueva, que está en Cristo crucificado y resucitado! A vosotros y con vosotros aquí reunidos *apud Sanctum Petrum*, junto a San Pedro, anuncio una alegría grande: Cristo ha resucitado, ¡aleluya!

En la Conclusión del
Sínodo romano

La misión de la Iglesia en nuestro tiempo consiste en realizar la nueva evangelización

El sábado 29 de mayo, víspera de Pentecostés, se celebró en la plaza de San Pedro una gran vigilia pascual, con la que se concluyó el Sínodo romano, que el Papa había convocado en esa misma ocasión siete años antes. Concelebraron con su Santidad trece cardenales (entre ellos el vicario, Camillo Ruini, y su predecesor, Ugo Poletti), cuarenta arzobispos y obispos, y alrededor de dos mil sacerdotes. Asistieron 150.000 personas, entre los que se hallaban el presidente de la República italiana, don Oscar Luigi Scalfaro, y los delegados fraternos enviados al Sínodo por la Iglesia ortodoxa y la Iglesia anglicana, a los que el Santo Padre saludó al final de la misa.

dirigiéndoles unas palabras; estuvieron también presentes autoridades municipales y el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Al comienzo de la celebración, el cardenal Ruini, presidente delegado, dirigió al Vicario de Cristo unas palabras y, junto con el relator general, el secretario general y los cuatro moderadores, le entregó el Libro del Sínodo, fruto del trabajo de toda la diócesis. El Romano Pontífice pronunció la homilía que publicamos. Junto al altar se hallaba colocada la imagen de la Virgen del Amor divino, que había sido traída del santuario de Castel di Leva, a las afueras de Roma, y que al final de vigilia fue devuelta a su santuario en procesión, presidida por cardenal vicario.

1. "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 22). Todo comienza a partir de estas palabras, que contienen y expresan "todo poder en el cielo y en la tierra" (cf. Mt 28, 18). Todo comienza a partir de estas palabras y al atardecer de aquel día, el primero de la semana, Los Apóstoles, reunidos en el cenáculo, todavía tienen ante sus ojos lo que sucedió durante los últimos días, y están atemorizados. Precisamente las palabras *Recibid...* responden a ese temor humano. Pero es sobre todo Jesús quien se hace presente entre ellos; el mismo Jesús a quien habían visto agonizar en la cruz y, luego colocado en el sepulcro. Ahora se halla presente de nuevo entre ellos. Es el mismo, aunque diverso. El mismo, porque les muestra las manos y el costado: las cicatrices, signo de la crucifixión.

Pero diverso... Diverso: "Primo-génito de entre los muertos" (Col 1, 18).

2. "Recibid el Espíritu Santo".

Todo comienza a partir de estas

palabras: todo lo que se hará en los días siguientes. Y, por último, también el día de Pentecostés. El acontecimiento de Pentecostés nos describen con precisión los mismos que participaron en él. Es una descripción bastante pormenorizada y rica en signos y significado.

Pero, ante todo, *Pentecostés es una realización*: realización de lo que había sucedido la noche de Pascua, después del sábado, en virtud del poder de las palabras pronunciadas por el Resucitado.

Cristo les había dicho: "La paz con vosotros. Como el padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 22), "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... y seréis mis testigos" (Hch 1, 8).

Esto se realiza precisamente día de Pentecostés. Pedro pronuncia el discurso. Habla como testigo del Señor crucificado y resucitado. Habla con la fuerza del Espíritu de verdad. Todos los Apóstoles son conscientes de haber recibido el mismo poder

Y cuando los oyentes, tras haber oído las palabras de Pedro, le preguntan: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" (Hch 2, 37), él les responde: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados" (Hch 2, 38). Cristo, dándoles el Espíritu Santo e infundiéndolo en la Iglesia a través de las llagas de su crucifixión, había dicho: "A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (Jn 20, 23).

3. "Recibid el Espíritu Santo".

En la historia de la Iglesia, construida sobre los fundamentos de los Apóstoles, todo comienza siempre a partir de estas palabras. También la Iglesia apostólica que está en Roma, herencia particular de san Pedro y san Pablo, también ha comenzado su Sínodo de la profundidad del mismo misterio pascual. Este comienzo tuvo lugar el 17 de mayo de 1986, un sábado como hoy, víspera de Pentecostés.

Hoy, tras haber recorrido el camino sinodal, la Iglesia que está en Roma vuelve a la plaza de San Pedro trayendo el fruto de su trabajo de muchos años: "Quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando" (Flp 1, 6).

4. "¡Dad gracias al Señor, porque es bueno!" (Sal 136, 1).

Largo ha sido el camino del

Sínodo romano, pero ha estado sostenido siempre por la gracia del Espíritu Santo y la oración. Tenía que ser largo, para constituir una adecuada aplicación práctica de la *eclesiología de comunión* del concilio Vaticano II y permitir una reflexión común de todo el pueblo de Dios que está en Roma sobre la misión que espera a esta Iglesia a finales del segundo milenio de la era cristiana, misión que se resume en el gran desafío de la nueva evangelización.

Recordemos juntos sus pasos más importantes, a fin de dar gracias al Señor mediante la intercesión de la Virgen María, *Salus Populi Romani*, y Virgen del Amor divino, de los apóstoles Pedro y Pablo, de los mártires y de los santos y santas que constituyen la mayor riqueza de esta Iglesia.

En primer lugar, el trabajo diligente de preparación, guiado por el cardenal vicario Ugo Poletti y llevado a cabo a través del estudio y el esfuerzo de hombres y mujeres -obispos, sacerdotes, religiosos y laicos- que con generosidad han puesto a disposición sus talentos y su competencia para investigar la realidad religiosa y social de Roma y discernir los criterios y proyectos de renovación eclesial y de compromiso misionero que se someterían al examen de todo el pueblo de Dios.

Luego, cuando las responsabilidades del vicario de Roma pasaron al cardenal Camillo Ruini, se sucedieron las grandes etapas, a través de las cuales este examen conjunto

ha ido realizándose progresivamente. En primer lugar, las *asambleas presinodales de prefectura*, momento de máxima participación popular en el debate sinodal. Luego, la *Confirmación con la ciudad*, mediante la cual la Iglesia se puso a la escucha y se dejó interrogar por los organismos más importantes y complejos de la Roma de hoy; el *diálogo ecuménico*, fundado en una verdadera fraternidad; el *trabajo común* de los responsables de la diócesis y los demás miembros de la Iglesia de Roma, dedicados en gran parte al servicio de la Santa Sede.

Y, por último, las asambleas plenarias, que a lo largo de este año pastoral se han dedicado con paciencia y amor a la redacción del *Libro del Sínodo*, que esta noche el cardenal vicario me ha presentado en nombre de todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, para que yo, Obispo de Roma, lo apruebe y lo promulgue. Os agradezco este gran don de Pentecostés de 1993.

5. "¡Dad gracias al Señor, porque es bueno!"

Ya he podido apreciar la amplitud del contenido de este libro, así como su solidez teológica, alimentada por la palabra de Dios y el magisterio pontificio y conciliar y, especialmente, su tensión misionera y su inspiración pastoral. Bien podría considerarse como un *breviario o una regla pastoral para el camino de la Iglesia que está en Roma* en su camino de la nuevas evangelización hacia el esperado jubileo del año 2000, e

incluso más allá.

Quisiera subrayar ya desde ahora las propuestas que lo caracterizan y que deberán constituir grandes señalizaciones de nuestro itinerario. Ante todo, la *conciencia de la vocación peculiar de la Iglesia que está en Roma*, es decir, del servicio de y amor que está llamada a prestar, como sede de Pedro, a esta ciudad a las Iglesias hermanas esparcidas por todo el mundo. Además, *realización diaria y efectiva del triple oficio de Cristo*, que se actualiza en la Iglesia a través del anuncio y catequesis, la plegaria litúrgica personal y el testimonio de la caridad. Una realización cada vez más en sintonía con el dinamismo misionero de la nueva evangelización, que sólo es eficaz si se basa en una espiritualidad concreta y participada y en una vida de comunión en diócesis. Y también un *quehacer pastoral* de especial intensidad fronteras como *la familia, la juventud, las responsabilidades sociales y políticas y la cultura*, a lo largo de las cuales puede y se debe construir el rostro cristiano de la Roma del año dos mil.

Al cardenal vicario, a su predecesor, el cardenal Ugo Poletti; a mis obispos y sus colaboradores; y a cada uno de vosotros hermanos y hermanas de la Iglesia de Dios que está en Roma, os encomiendo el mandato de llevar a cabo progresivamente estos objetivos y estas metas pastorales como una obra paciente e intrépida, corroborada por la oración y sostenida siempre por la confianza en Dios y la esperanza cristiana. Esta es

acción de gracias por el camino sinodal realizado hasta ahora y también mi esperanza con respecto al camino post-sinodal que será preciso recorrer.

Queridos hermanos, os saludo con afecto y os agradezco la aportación ofrecida, según vuestras diferentes competencias, a los trabajos sinodales. Un recuerdo particular es para vosotros, queridos misioneros que habéis salido de Roma para anunciar el Evangelio en tierras lejanas y que habéis vuelto ahora para participar en la conclusión del Sínodo. Me uniré espiritualmente a la peregrinación al santuario del Amor divino, que se llevaría a cabo terminada esta celebración, a fin de devolver a su casa la imagen de María Santísima. También seguiré con la oración la peregrinación diocesana a Lourdes; del 4 al 10 de julio. Que la Madre de Dios, estrella de la evangelización, sostenga el arduo itinerario post-sinodal de la Iglesia que está en Roma. Todos nos encomendamos a ella con esperanza renovada. Así os confío también a todos vosotros, queridos hermanos, este camino post-sinodal, y en especial lo confío, en vosotros, a la *Salus Populi Romani*.

6. "¡Oh Espíritu, oh Consolador!"

Alabemos, por tanto, y demos gracias por esta *"efusión del Espíritu"* en la Iglesia apostólica que está en Roma, en la Iglesia de este último tramo del segundo milenio.

Demos gracias por el concilio Vaticano II, que ha sido nuestra guía en los trabajos sinodales.

Demos gracias por los hijos y las hijas del pueblo de Dios que, como dice el profeta Joel, "profetizarán" (3, 1). Demos gracias por los hijos y las hijas de nuestra Iglesia, a la que le ha sido otorgado el don de la luz y el consejo, en cuanto *participe de la vocación profética* al servicio de la misma verdad divina. *Evangelio de salvación para todas las generaciones.*

Oh, Espíritu Consolador, Espíritu del Padre y del Hijo, ven y renueva la faz de la tierra. Que tu fuerza penetre en todos nosotros, para que se renueve el rostro de esta ciudad y de esta Iglesia.

7. "No nos desperdiguemos..."

De la historia lejana nos llega la imagen de aquella ciudad y de aquella torre -la torre de Babel-, origen de la herencia de divisiones y luchas, cuando los hombres empezaron a construir contra Dios. "Y desde aquel punto los desperdigó el Señor por toda la faz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad" (Gn 11, 8). *No nos desperdiguemos.*

Oh, Espíritu Santo, Espíritu de Pentecostés, ven y mora en nosotros, Guíanos por el camino de la comunión en el que hemos entrado durante los años del Sínodo...

"No nos desperdiguemos..."

"Mentes tuorum visita..."

"Visita las mentes de tus fieles, colma con tu gracia excelsa los corazones que has creado". "Veni, veni, Sancte Spiritus!". Amén.

Conclusión de la Fiesta de la Familia

Testimoniad la verdad y la fidelidad del amor en el matrimonio y en la apertura al don de la vida

La rama "Familias nuevas" del movimiento de los Focolares hizo una gran manifestación internacional, "Familyfest", en el Palacio de deportes de Roma, el sábado 5 de junio por la tarde. El acto se caracterizó por la solidaridad y la unidad. Estuvieron presentes alrededor de catorce mil personas, procedentes de más de 80 naciones. A estas hay que añadir los telespectadores de más de 150 países de los distintos continentes, que siguieron en directo la transmisión gracias al empleo de 13 satélites.

El Papa pronunció la homilía que publicamos en la cual anunció que la Iglesia católica celebrará el Año de la familia, desde el 26 de diciembre de este año, fiesta de la Sagrada Familia, hasta la misma fiesta del año 1994.

1. El Señor venga en medio de nosotros" (Ex 34, 9).

Así implora Moisés, presentándose ante el Dios de la alianza, en medio del pueblo que Dios hizo salir del país de Egipto y de su condición de esclavitud.

"El Señor venga en medio de nosotros".

Así imploráis también vosotros, Familias nuevas, reunidas hoy en la plaza de San Pedro. Vosotras, que sois un nuevo pueblo de Dios, linaje elegido

sacerdocio real (cf. 1 P 2, 9), "la raza de los que van tras el rostro de Dios" (cf. Sal 24, 6) por los caminos de esa comunidad particular que es la familia. La Familia es una comunidad perennemente presente en la historia, comunidad primordial, primera entre todas las demás comunidades humanas, pero siempre nueva. Es nueva no sólo a causa del entramado de circunstancias que cambian, sino también porque nace siempre de un amor nuevo, de una nueva elección para una renovada fidelidad recíproca y una vida nueva.

En esta gran asamblea litúrgica os saludo afectuosamente con las palabras de Moisés: "El Señor venga en medio de nosotros".

2. Estas palabras son, ante todo, una revelación de Dios. Dios está dispuesto a "venir en medio" de los hombres. No sólo halla su imagen y semejanza en cada hombre, sino también en la comunidad humana, en la comunión de las personas y en la alianza del matrimonio entre el hombre y la mujer.

"Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres" (Dn 3, 52), de nuestros padres y de nuestras madres, Dios de los padres, de los hijos y de las hijas. "Bendito seas en el templo de tu santa gloria" (Dn 3, 53) y, al mismo tiempo, en el "templo" de tantas familias humanas, en donde desea morar y halla el "trono de tu reino" (Dn 3, 54).

Este Dios "tanto amó... al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna... Ha enviado a su Hijo al mundo... para que el mundo se salve por él" (Jn 3, 16-17).

3. En la plenitud de los tiempos este Dios, que una vez habló con Moisés en la columna de nube, se dirige a la humanidad entera a través de su Hijo, el Hijo consustancial con el Padre. El Hijo dice: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí" (Jn 14, 9-10). "Yo y el Padre somos uno" (Jn 10, 30).

Este Hijo, Jesucristo, es la "Gracia". En él se realiza de manera sobrenatural la súplica de Moisés: "El Señor venga en medio de nosotros". El Hijo, enviado por el Padre, entró en la historia del Hombre, de suerte que él mismo "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre" (Gaudium et spes, 22), venerándole el amor del padre.

El Padre se revela en el Hijo. El hombre está rodeado por el misterio de Dios, uno en su divinidad, y este uno, el único, es también Padre, Hijo y Espíritu Santo. La gracia del Hijo Jesucristo revela que "Dios es amor"

(1 Jn 4, 8), revela el amor del Padre. La misma gracia del Hijo es principio de la comunicación de la vida divina en el Espíritu Santo.

"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Co 13, 13).

Habiendo aceptado la invitación de Moisés a ir en medio de su pueblo, Dios se nos dio a conocer en este misterio inescrutable de *"El que es"* (cf. Ex 3, 14).

Vivimos sumergidos siempre en este misterio, en la vida trinitaria del único Dios. Hoy celebramos este misterio de modo particular.

Aquel *que se nos dio a conocer* en Jesucristo como Padre, Hijo y espíritu Santo, en su divinidad es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta es la plenitud de la vida de Dios. *Y este es, precisamente, el amor.*

4. Queridos *hermanos y hermanas, Familias nuevas*, habéis elegido solemnidad de la Santísima Trinidad como día de vuestra peregrinación *ad limina Apostolorum. Queréis dar testimonio de Dios, que es amor. Queréis dar testimonio de Dios, que, como unidad trinitaria de personas, es el arquetipo divino de la familia humana.* Arquetipo eterno pero, al mismo tiempo, siempre nuevo, para las *Familias nuevas*: nuevas por la novedad de la vida y de la entrega recíproca que origina una *"comunión de personas"*: del hombre de la mujer que engendran a continuación una nueva comunión de personas, a saber, la de los padres y los hijos.

"Familias nuevas" nacidas de una gran experiencia del movimiento de los *Focolares, se os pide dar testimonio de Dios, que es amor, que es la unidad* en la Trinidad, que *"tanto amó... al mundo que dio a su Hijo único"* y se comunicó en el Espíritu Santo, infundiéndolo así en nuestro corazón una vida nueva.

5. Este testimonio es muy actual *con vistas al Año de la familia, que Organización de las Naciones Unidas proclamó para 1994.* La Iglesia aplaude cordialmente esta iniciativa y se asocia a ella con todo el amor que siente por la familia humana. También quisiera anunciar, precisamente durante este encuentro internacional de las familias, una *convocatoria especial para todo el pueblo cristiano.* Desde la fiesta de la Sagrada Familia de este año, hasta la misma fiesta de 1994, también en la Iglesia católica celebramos el Año internacional de la Familia.

El Consejo pontificio para la familia, junto con los demás organismos competentes, seguirá las iniciativas de las Naciones Unidas con espíritu

de diálogo y colaboración, preparando y coordinando las celebraciones y las manifestaciones que se organicen dentro de la Iglesia católica.

No cabe duda de que el Año internacional de la familia ofrecerá una oportunidad providencial para profundizar los valores constitutivos de esta institución natural. Estoy seguro de que su mejor conocimiento y valoración ayudará a construir un mundo más fraterno y solidario, reconociendo la familia como célula fundamental de la sociedad.

Invito, por ello, a las Conferencias episcopales, a los obispos, a las comunidades diocesanas y parroquiales, a los movimientos, a los grupos y a las asociaciones, especialmente a las personas que trabajan a diario en la pastoral familiar, a acoger este momento particular de gracia para un trabajo que sea cada vez más profundo.

La familia, institución natural y comunión de vida y amor está hoy en el centro del interés de los creyentes. Los valores de entrega, comunión, generosidad y amor, y las tareas sublimes de la procreación y la educación, que nacen y se alimentan en la familia, constituyen un motivo de reflexión para cuantos se preocupan por el destino del hombre y de la convivencia humana.

A los cristianos se les pide que ofrezcan algo más, algo que brote de la fe y de la dignidad de sacramento, que Cristo confirió a esta institución natural. Se trata de testimoniar la verdad y la fidelidad del amor en el matrimonio y en la apertura sincera al don de la vida.

Una apertura y una atención especial hay que reservar a las familias que viven en la pobreza o en medio de guerras, que están obligadas a abandonar su país o que padecen dolores y sufrimientos de varios tipos. Todos han de esforzarse por asegurar solidaridad y comprensión a las familias que atraviesan momentos de crisis y necesitan la oración y el apoyo de la comunidad cristiana.

6. Esto es precisamente lo que trata de hacer vuestro movimiento mediante la labor apostólica de las familias. En efecto, Familias nuevas es un programa de vida propuesto a los núcleos familiares cristianos para que, a imitación de la Sagrada Familia de Nazaret, se esfuerzen por vivir en la práctica el evangelio del amor, en una escucha dócil y constante del Espíritu del Señor. La auténtica renovación del mundo se lleva a cabo a través de la renovación de las familias bajo la acción salvadora de Dios.

Queridas Familias nuevas, gracias por vuestra presencia, en tan gran número. Os saludo a todas con afecto. Me complace poder celebrar la eucaristía con vosotros hoy, solemnidad de la Santísima Trinidad.

A la vez que os expreso mi gratitud por cuanto hacéis al servicio de la evangelización de las familias en todo el mundo, os aliento a proseguir vuestro trabajo misionero. Que vuestra labor sea anuncio y testimonio, esfuerzo de conversión y de comunión para la construcción de un mundo vivificado por el amor de Cristo obediente y abandonado interiormente a la voluntad del Padre.

7. Familias nuevas, es preciso dar testimonio de la grandeza de la vocación de esposos y padres a todas las familias del mundo contemporáneo, en todos los rincones de la tierra, en las diversas naciones, pueblos y culturas.

Es necesario que deis ese peculiar testimonio que sólo vosotras podéis dar: familias, a las familias.

"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Co 13, 13).

"El Dios de la caridad y de la paz esté con vosotros" (2 Co 13, 11).

"El Señor venga en medio de nosotros".
Amén.

Corpus Christi

Sed testigos de Cristo

El 10 de junio, a las 7 de la tarde, Juan Pablo II celebró la misa de la solemnidad del Corpus Christi en el atrio de la basílica de San Juan de Letrán, catedral de Roma. Una jornada radiante de primavera favoreció la presencia de una gran multitud de fieles romanos y turistas, que siguieron con recogimiento el desarrollo de esta bella ceremonia.

Durante la celebración de la santa misa, el Vicario de Cristo confió a cuatro jóvenes de la diócesis romana, en representación de toda la juventud, el mandato de testimoniar con alegría la vida nueva que Cristo trajo al mundo. El Santo Padre les entregó una medalla con la imagen del Pelicano, antiguo símbolo eucarístico de Cristo, que según la tradición, alimenta a sus hijos con su propia sangre. Estos jóvenes donarán luego la medalla a la iglesia de la Adoración Eucarística de Denver, en Estados Unidos, con ocasión de la próxima Jornada mundial de la juventud.

1. "Acuérdate de todo el camino que el Señor tu Dios te ha hecho andar" (Dt 8, 2).

Hoy nos reunimos para tomar parte en una liturgia del camino. La Eucaristía que celebramos debe convertirse en el camino que la Iglesia que está en Roma ha de recorrer día a día, tal como lo ha recorrido desde los tiempos de los apóstoles. Este camino constituye el recuerdo de todos los caminos por los que Dios conducía a su pueblo en el desierto.

"Que tu corazón no se engría de forma que olvides al Señor tu Dios que te sacó del país de Egipto... Te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor" (Dt 8, 14. 3).

La procesión del Corpus Christi, nuestra liturgia del camino, debe ser un recuerdo de esos caminos. Esos cuarenta años de viaje por el desierto hicieron

que aquellos caminos quedaran vinculados al recuerdo del maná, el alimento que Dios enviaba cada día a los hijos e hijas de Israel.

La comida y la bebida son indispensables para el hombre en todos los caminos de su existencia terrena.

2. "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron" (Jn 6, 49).

Aquel pan-maná, alimento cotidiano de los peregrinos, era solamente un anuncio. Confirmaba la verdad de que "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

De la boca de Dios sale la Palabra. La Palabra eterna, consustancial al Padre, se hizo carne (cf. Jn 1, 14). En ella alcanzó su ápice la verdad acerca del hombre. En ella también se reveló la verdad divina acerca del Pan de la vida eterna, acerca del alimento y la bebida que la Palabra de Dios destinó al hombre peregrino por los caminos de la historia y por los desiertos del mundo.

Cristo dijo: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6, 51).

3. Caminando por los caminos de la ciudad eterna, conservamos vivo el recuerdo de aquellos caminos por los que el Dios de la alianza conducía a su pueblo a través del desierto. Conservamos vivo el recuerdo de cuanto el Señor realizó y continúa

realizando en nuestra diócesis, que hace algunos días concluyó su asamblea sinodal. Nuestra vocación de creyentes es *Comunión en la fe*. Estamos llamados a caminar en la comunión testimoniando, ante todo, a Cristo. Ser testigos de Jesucristo, de la Palabra que se hizo carne. Testigos de Jesucristo, que en su carne aceptó la muerte y, después de haber hecho morir a la muerte, vive.

4. Os saludo a todos con afecto, queridos hermanos y hermanas. Saludo al cardenal vicario y a los demás cardenales presentes, a los obispos auxiliares y a los demás obispos que se encuentran aquí, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a los representantes de las parroquias, de las asociaciones y de los movimientos apostólicos. Os saludo a todos vosotros, que con vuestra presencia habéis querido rendir homenaje al sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, tesoro inestimable que la Iglesia custodia con gratitud siempre nueva y amor ardiente.

El patriarca de la Iglesia de Etiopía, Su Santidad Abuna Paulos, se ha unido a nuestra celebración. Su participación manifiesta la fe común de nuestras Iglesias en la Eucaristía, como presencia viva de Jesucristo en medio de sus discípulos.

En nuestra oración al Señor común incluyamos al Patriarca y a toda su Iglesia. Invoquemos con fervor a Jesucristo, presente en el Sacramento del altar, a fin de que nos sostenga a todos, católicos y ortodoxos, en el camino hacia la unidad plena.

Esta celebración tiene un significado especial para la diócesis de Roma, pues con la santa misa y la procesión del *Corpus Christi* se concluye el itinerario de preparación a la *VIII Jornada mundial de la juventud*, que se celebrará en Denver el próximo mes de agosto.

A vosotros, jóvenes, que tendréis la alegría de participar en esta cita eclesial tan importante, os confío el "mandato" de dar testimonio con alegría de vuestra fe ante cuantos encontréis en vuestro camino.

El símbolo eucarístico del pelicano, distintivo que ostentaréis en Denver, y que dentro de poco será llevado al altar durante la procesión de las ofrendas, expresa el sentido de este testimonio evangélico que se os pide. En efecto, alude muy bien al tema de la Jornada mundial de la juventud, que para nuestra diócesis es también el tema del día del *Corpus Christi*: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Queridos jóvenes, con la palabra y el ejemplo sed testigos de la vida nueva que Cristo trajo al mundo.

5. El misterio de la Eucaristía, el mensaje eucarístico es verdad de vida: "Si uno come de este pan, vivirá para siempre".

Todos debemos ser testigos ante el mundo: tanto nosotros, los que participamos en la Eucaristía y que en nuestra solemnidad caminamos en la procesión del *Corpus Christi*, como vosotros, los jóvenes que iréis a Denver.

Testigos de la vida, que está en

nosotros mediante Cristo: en el poder de ese Cuerpo que entregó en la cruz para la vida del mundo, y en poder de esa sangre, que derramó para el perdón de los pecados.

Seamos testigos de Cristo.

6. A través de nosotros Cristo quiere proclamar hoy: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Jn 6, 56).

Por medio de nosotros Cristo repite a nuestra generación: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día" (Jn 6, 54).

Todo el misterio de la vida se expresa aquí hasta el fin, hasta la plenitud escatológica: el hombre se hace partícipe de la vida eterna mediante el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Vida eterna significa la vida de Cristo en nosotros, nuestra vida por Cristo en Dios.

"Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (Jn 6, 57).

Somos testigos: *Theo-fori, Christo-fori, Pneumato-fori*.

Nuestra boca humana pronuncia palabras de alabanza, expresa la fe de la Iglesia, da testimonio de la Palabra que se hizo carne "para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).

Verbum caro, vita in aeternum!
Amén.

En la solemnidad de san Pedro y san Pablo

Toda la Iglesia ora por Pedro

El martes, 29 de junio, solemnidad de san Pedro y san Pablo, Juan Pablo II presidió una celebración eucarística a las 9:30, en la basílica de San Pedro. Durante la misa, bendijo e impuso el palio a arzobispos metropolitanos de cuatro continentes: 7 africanos, americanos, 1 asiático y 9 europeos. Encabezaba la lista el cardenal africano Bernardin Gantin, prefecto de la Congregación para obispos y presidentes de la Comisión pontificia para América Latina, que fue elegido recientemente decano del Colegio cardenalicio. Los lenguas españolas eran diez: los colombianos Ignacio Gómez Aristizábal, arzobispo de Santa Fe de Antioquia, Darío Castrillón Hoyos, arzobispo de Bucaramanga, y Juan Francisco Sarasti Jaramillo, c.i.m., arzobispo de Ibagué; los españoles Agustín García-Gasco Vicente, arzobispo de Valencia, Santiago Martínez Acebes, operario diocesano, arzobispo de Burgos, y Fernando Sebastián Aguilar, c.m.f., arzobispo de Pamplona; el argentino Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo de Resistencia; hondureño Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, s.d.b., arzobispo Tegucigalpa; el mexicano José Trinidad Medel Pérez, arzobispo Durango; y el venezolano Ramón Ovidio Pérez Morales, arzobispo Maracaibo. Estuvieron presentes 20 cardenales, entre ellos el cardenal secretario de Estado, Angelo Sodano; y el camarero de la Santa Iglesia romana, Eduardo Martínez Somalo; numerosos arzobispos obispos, así como el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Una gran asamblea de fieles llenaba el templo vaticano.

Después de la homilía, el cardenal protodiácono Duraissimi Simon Lourdasamy, se acercó al trono papal y postuló los palios para los arzobispos metropolitanos presentes. Juan Pablo II bendijo entonces los palios y los fue imponiendo a cada uno. El arzobispo secretario de la Congregación para los obispos, mons. Justin Rigali, se acercó al trono papal y recibió los sagrados palios destinados a los metropolitanos ausentes.

1. "La Iglesia oraba insistentemente por él a Dios" (Hch 12, 5).

La Iglesia oraba insistentemente por Pedro, a quien Herodes había hecho encarcelar con la intención de matarlo.

La liturgia solemne de san Pedro y san Pablo vuelve a proponer cada año este pasaje de los Hechos de los Apóstoles, que habla de las primeras persecuciones que la Iglesia sufrió en Jerusalén. La divina Providencia arrancó a Pedro de las manos de los perseguidores (cf. Hch 12, 11), concediéndole el tiempo necesario para realizar la misión que había recibido de Cristo.

Lo que no sucedió en Jerusalén debía suceder años más tarde en Roma. Según la tradición, en la época del emperador Nerón, el mismo año, alcanzaron el martirio ambos apóstoles, Pedro y Pablo, cuyos caminos volvían a unirse de este modo en el testimonio supremo, imprimiendo un sello indeleble en la historia de la Iglesia de todos los tiempos.

2. La Iglesia oraba por Pedro...

Esta oración constituye el reflejo eclesial de la oración de Cristo por Pedro, una participación particular en ella: "¡Simón, Simón! Mira que satanás ha solicitado el poder cribarte como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca" (Lc 22, 31-32).

El peso de estas palabras es enorme. Y enorme es el poder de esta oración. Cristo habló de ella en el momento decisivo, cuando llegó "su hora" (Jn 13, 1): la hora mesiánica de Getsemani, de la pasión y de la muerte en la cruz. Esta hora fue la prueba de la fe: la mayor prueba de la fe de Pedro.

Satanás "trataba" (cf. Lc 22, 31) de destruir esta fe, que se manifestó cerca de Cesarea de Filipo (cf. Mt 16, 16). Trataba de destruir esta fe, sobre la que, como sobre piedra, la Iglesia está edificada para siempre. Satanás trataba de lograrlo con todos los medios. Y contaba con la debilidad de Pedro, para quien era difícil conciliar la verdad acerca del Hijo del Dios vivo con la realidad del siervo de Yahveh crucificado (cf. Mt 16, 22).

Por esta razón, Cristo dice: "Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca". ¿No es esta oración su mismo martirio y su misma muerte en la cruz?

3. "Para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc 22, 32).

Si toda la Iglesia ora por Pedro, no es sólo porque esté amenazada por peligros originados por los diversos Herodes de este mundo. Ora por Pedro porque el Señor quiso vincular precisamente a él, de manera especial, la fe del pueblo cristiano.

Creer significa acoger la verdad divina que se comparte. Esta verdad no la revelan ni la carne ni la sangre. Sólo la revela al hombre "el Padre que está en la piedra sobre la que está edificada la Iglesia (cf. Mt 16, 17). Y precisamente ésta es la piedra sobre la que está edificada la Iglesia (cf. Mt 16, 18). Por esto la oración de Cristo ante todo -y la oración de la Iglesia en unión con la de Cristo- se eleva incesantemente. Cristo dice a Pedro: "Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos". La oración incesante de la Iglesia está orientada precisamente a esta vuelta, para que Pedro comprenda lo que es divino y no sólo lo que es humano, es decir, para que la visión humana de las cosas no ofusquen la luz del Verbo eterno. Porque en Dios está la fuente de la confirmación de los hermanos.

4. *La oración de Cristo fue escuchada* el día en que Pedro dio el testimonio definitivo de la verdad sobre la que se edifica la Iglesia. Por tanto, es un día de gran gratitud en toda la Iglesia por la alegría de ese acontecimiento, en el que resuenan las palabras de Cristo en Cesarea de Filipo: "Bienaventurado eres Simón" (Mt 16, 17).

Como confirmación de este misterio admirable de fidelidad hemos escuchado las expresiones del apóstol Pablo a Timoteo: "Estoy a punto de ser derramado en libación y en el momento de mi partida es inminente [...] Pero el Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamará plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles" (2 Tm 4, 6. 17).

5. En este día de fiesta en que la Iglesia da gracias por la fe de los Apóstoles, es particularmente significativa *vuestra presencia*, venerados hermanos que recibis hoy el palio sagrado: representáis a las Iglesias metropolitanas, unidas a la Sede de Pedro por un vínculo especial de colaboración, del que el palio es signo antiguo y expresivo. Me alegra de manera especial que usted, señor cardenal Bernardin Gantin, a quien impondré el palio en su calidad de decano del Colegio cardenalicio, comience la serie de los veintisiete prelados procedentes de diversas naciones.

El rito tradicional de la entrega de este símbolo litúrgico recuerda la imagen de la Iglesia como cuerpo orgánico, cuya sangre es la caridad de Cristo, que circula por los miembros y hace que, a pesar de ser muchos y estar distantes, manifiesten el único amor en una armonía pastoral y

doctrinal coherente. La sangre del testimonio riega y purifica a todo el mundo. Aquí, donde Pedro y Pablo derramaron su sangre, se encuentra como el corazón, del que todo el organismo saca impulso y energía.

Queridos hermanos, os acogemos con alegría y aclamamos: "Engrandeced conmigo al Señor, ensalcemos su nombre todos juntos" (cf. Sal 34, 4).

Con vuestra participación en esta celebración solemne dais testimonio del deseo de unidad que anima a todos los fieles de Cristo. Esta unidad, al finalizar el segundo milenio, se presenta cada vez más grande que toda experiencia negativa anterior, causada por debilidades humanas.

Cristo dice: "He rogado por ti". Yo ruego por vosotros.

Esta oración resultó más fuerte que la debilidad de Simón Pedro. Por tanto, tengamos confianza en que este tiempo presente de conversión ecuménica, gracias al poder de la oración de Cristo y también gracias a la oración de toda la Iglesia, verá acercarse la hora de la unidad.

No por mérito nuestro, sino por el poder del Espíritu de Cristo. Amén.

DISCURSOS:

A los miembros del
cuerpo diplomático
acreditado ante la
Santa Sede

La guerra de agresión es indigna del hombre

Excelencias; señores y señoras:

1. En el umbral de este año 1993 me agrada mucho recibir las felicitaciones que, en vuestro nombre, el señor embajador Joseph Amichia ha expresado con delicadeza. Os agradezco vivamente vuestra presencia, así como el interés y la comprensión benévola con los que seguís diariamente la actividad de la Santa Sede.

Os ruego que aceptéis los deseos fervientes que elevo a Dios en la oración por vosotros, vuestras familias, vuestra noble misión de diplomáticos y vuestros pueblos.

Ciento cuarenta y cinco países mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Sólo en el año 1992 dieciséis naciones quisieron

establecer este tipo de colaboración. Estoy contento porque esta mañana, por primera vez, veo entre vosotros a los embajadores de Bulgaria, Croacia, México y Eslovenia. Así, las esperanzas y expectativas de la mayoría de los pueblos de la tierra resuenan en el corazón mismo de la catolicidad. Espero que las circunstancias permitan que otros países se unan a los que ya están representados aquí. Pienso, entre otros, en China y Vietnam, en Israel y Jordania, por citar sólo algunos de ellos.

Al escuchar las reflexiones sagaces de vuestro decano y al ver vuestros rostros, me ha venido a la memoria la serie de países que he visitado con ocasión de mis viajes apostólicos. Me complace recordar ese mundo maravilloso, su naturaleza y su patrimonio cultural; me complace recordar esas poblaciones laboriosas, muchas veces desprovistas de bienes materiales, pero que saben resistir frente a la tentación de la desesperación. Y me complace también recordar a los hijos de la Iglesia: con sus inagotables recursos espirituales y su compromiso cristiano de cada día -a veces en un marco de indiferencia religiosa e, incluso, de hostilidad- dan testimonio de que "tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16), ¡Cuántas riquezas humanas y espirituales en la diversidad de las naciones!

La luz de la Navidad ha iluminado este mundo con un resplandor incomparable y sigue dando su verdadero relieve a las construcciones humanas, manifestando el bien realizado y los esfuerzos emprendidos para mejorar ciertas situaciones. Pero esa luz también descubre la mediocridad y los fracasos que afectan a la vida de los hombres y de las sociedades. También este año, considerando la humanidad a la que Dios ama y no deja de conservar en su existencia y en su crecimiento (cf. Hch 17, 28), nos vemos obligados a constatar que siguen atezándose dos tipos de mal: la guerra y la pobreza.

LA PERSISTENTE PLAGA DE LA GUERRA

En Africa: Liberia, Ruanda, Sudán y Somalia

2. La guerra desgarró a muchos pueblos de Africa. En Liberia, por ejemplo, el camino de la reconciliación es difícil de hallar. A pesar de los esfuerzos de la Comunidad económica de los Estados de Africa occidental, ese país sigue siendo teatro de violencias inauditas, que afectan también

a la Iglesia y a sus fieles. Urge poner fin a esos combates, a la corriente incesante de hombres y armas que recorren su territorio, así como a ambiciones y rivalidades personales. En 1991 el acuerdo de Yamusukro se consideró una buena base para alcanzar una pacificación rápida: ¿por qué no ponerlo en práctica?

El hundimiento de Ruanda en una guerra larvada no ha permitido que la transición democrática alcance sus objetivos. Por otra parte, los gastos militares agravan una economía que ya es precaria. Está claro que en una nación pluriétnica la estrategia de la confrontación jamás logrará establecer la paz.

Sudán sigue dividido por una guerra que pone a las poblaciones norte y del sur. Albergo la esperanza de que los sudaneses, libres en elección, encuentren la fórmula constitucional que les permita superar contradicciones y las luchas, respetando las características propias de cada una de las comunidades. No puedo menos de hacer mías las palabras los obispos sudaneses: "No es posible llegar a una paz sin justicia y respeto de los derechos humanos" (Comunicado del 6 de octubre de 1992). Encomiendo a Dios mi proyecto de hacer en Jartum el mes próximo una breve escala, que me brindará la oportunidad de llevar a quienes sufren un mensaje de reconciliación y de esperanza y, sobre todo, de alentar los hijos de la Iglesia que, a pesar de las diversas pruebas, prosiguen valientemente su camino en la fe, la esperanza y la caridad.

La ayuda humanitaria que la comunidad internacional ha aportado Somalia hapuesto ante los ojos del mundo la angustia insostenible de un país sumergido en la anarquía, hasta el punto de poner en peligro la supervivencia de sus habitantes. Tenemos que comprobar que las reivindicaciones de los clanes o de ciertas personas no conducen a la pacificación. Aliento, pues, la esperanza de que la solidaridad internacional se intensifique: de este modo todo el equilibrio del continente africano se consolidará.

Africa, en efecto, no puede ser abandonada a su suerte. Se impone, por un lado, una ayuda urgente en muchas zonas de conflicto o catástrofes naturales; por otro, el amplio movimiento de democratización, cuya difusión va extendiéndose, necesita apoyo. Allí también es prioritario el nexo entre democracia, derechos humanos y desarrollo. Espero que países africanos, comprometidos felizmente en una etapa de renovación política, prosigan su marcha. Se trata, por cierto, de una marcha lenta, que presenta muchos obstáculos para quienes prefieren mirar hacia atrás, pero es el único modo para lograr el progreso, puesto que la democratización tiene como objetivo no sólo el servicio respetuoso de las poblaciones, sino también de sus opciones, expresadas libremente.

Pienso, en particular, en Tongo y en Zaire que siguen atravesando momentos de gran incertidumbre política. En este último país, sobre todo, sería conveniente que las partes interesadas eligieran valientemente el camino del diálogo y del esfuerzo generoso, a fin de que el periodo de transición desemboque en un proyecto de sociedad respetuosa de las aspiraciones legítimas del pueblo. Es evidente que esto se logrará sólo en la medida en que las diversas regiones zaireñas renuncien a la intolerancia y a la violencia, que podrían arrastrar a ese gran país hacia una aventura de consecuencias fatales.

En la región mediterránea:

Argelia, Tierra Santa,

Líbano, Chipre e Irak

3. La región mediterránea no está exenta tampoco de fuertes tensiones que siembran la violencia y la muerte. Pienso en los graves hechos que han afectado a Argelia y en las serias dificultades que ponen en peligro el proceso de paz en Oriente Medio que empezó hace poco más de un año en Madrid. Dado que nuevas violencias e intervenciones armadas podrían comprometer los esfuerzos en favor del diálogo y la paz de estos últimos meses, renuevo a todos los que participan en ese proceso mi llamamiento a renunciar a los actos de fuerza y a la política de los hechos consumados. Por el contrario, sería mucho más fácil avanzar por el camino de la paz gracias a la negociación y al diálogo sincero y confiado, para dejar atrás la etapa de los simples encuentros. En esa zona del mundo, hoy resulta más necesario que nunca un nuevo clima de respeto y comprensión, que sería, por lo demás, un factor de equilibrio y de pacificación para los países vecinos, como por ejemplo el Líbano o Chipre, en los que los problemas pendientes impiden que las poblaciones miren con confianza hacia el futuro. No podemos olvidar que la guerra tiene consecuencias a largo plazo y que obliga a los civiles inocentes a soportar grandes sufrimientos. Tal es el caso de las poblaciones de Irak que, por el simple hecho de vivir en ese país, siguen pagando un pesado tributo de privaciones crueles.

En Europa:

Bosnia-Herzegovina

4. Excelencias, señoras y señores, mucho más cerca de nosotros la guerra despliega su brutalidad despiadada. Pienso, evidentemente, en los

combates fratricidas de Bosnia-Herzegovina. Europa entera se siente humillada, y sus instituciones están desacreditadas. Todos los esfuerzos de paz de los últimos años han resultado inútiles. Después del desastre de las dos guerras mundiales que se habían desencadenado en Europa, se llegó al acuerdo de que los Estados nunca más empuñarían las armas ni favorecerían su uso para resolver sus diferencias internas o reciprocas. La Conferencia para la seguridad y la cooperación en Europa (CSCE) elaboró incluso algunos principios y un código de conducta, aceptados unánimemente por todos sus Estados miembros. Ahora bien, esos principios y los compromisos que derivan de ellos son violados de forma sistemática ante nuestros propios ojos. Ya no se respeta el derecho humanitario, conquista laboriosa de este siglo. Verdaderas hordas que esparcen el terror y la muerte se burlan de los principios más elementales que regulan la vida social. Señoras y señores, ¿cómo no pensar en esos niños marcados para siempre por la visión de tanto horror?, ¿en esas familias separadas y arrojadas a la vera de las carreteras, desposeídas y sin recursos? ¿o en esas personas enfermas y maltratadas en campos de detención cuya existencia nos parecía una cosa del pasado? A la Santa Sede llegan continuamente los llamamientos angustiados de los obispos católicos ortodoxos, así como de los jefes religiosos musulmanes de esas regiones, para que se ponga fin a ese martirio colectivo y, por lo menos, se respete el derecho humanitario. Me hago eco de ellos, ante vosotros, esta mañana.

La comunidad internacional debería mostrar mayor voluntad política de no tolerar la agresión y la conquista territorial por la fuerza, así como tampoco la aberración de la "purificación étnica". Por eso, fiel a mi misión, creo necesario repetir aquí, de la manera más solemne y firme, a todos los responsables de las naciones que representáis, y también a todos los que en Europa o en otras partes tienen en la mano un arma para herir a sus hermanos:

- la guerra de agresión es indigna del hombre;
- la destrucción moral y psíquica del adversario o del extranjero es un crimen;
- la indiferencia práctica frente a esas agresiones es una omisión culpable;
- por último, quien se entrega a esas acciones violentas, las excusa o las justifica, responderá por ellas no sólo ante la comunidad internacional, sino también ante Dios.

Que resuenen aquí las palabras del profeta Isaías: "¡Ay, los que llaman al mal bien, y el bien mal; que dan oscuridad por la luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce y dulce por amargo!" (Is 5, 20). La

paz sólo puede descansar en la verdad y la libertad. Esto exige hoy mucha lucidez y valentía. Los católicos de Europa imploraron esa gracia en Asís, durante el conmovedor encuentro de oración que tuvo lugar los días 9 y 10 de enero pasado. A través de la oración y la penitencia pedimos perdón a Dios por tantas ofensas a la paz y tantos desprecios a la fraternidad, suplicándole que evite a Europa esas oleadas de odio y dolor, cuyos embates el hombre parece no saber frenar.

Un continente que cambia

5. Europa, atraída tanto por la integración comunitaria como por la tentación de la desintegración nacionalista y étnica, vive un cambio doloroso. Los focos de tensión violenta que sacuden muchas repúblicas de la antigua Unión Soviética (menciono de paso la República de Georgia y la región del Cáucaso), así como el destino del espacio balcánico influirán gravemente en el futuro del continente. Esas incertidumbres dramáticas interpelan a la pacífica y próspera Europa occidental que, desde el 1 de enero de este año, entró en una fase de "mercado único". Reforzada por la unidad de un proyecto político y económico, así como por la comunión de los mismos valores, esta Europa occidental debe continuar multiplicando los contactos y los gestos del continente. El progreso auténtico y duradero sólo es posible con la unión de unos y otros, no unos contra otros y, mucho menos, empuñando las armas.

LA CRECIENTE PLAGA DE LA POBREZA

Pobreza material

6. La pobreza, ya sea material o moral, es otra gran prueba que afecta la vida de los pueblos y pone trabas a su desarrollo.

La tierra nunca había producido tanto antes, pero tampoco había habido antes tantos seres hambrientos como en nuestra época. Los frutos del progreso siguen repartiéndose sin equidad. Esto se agrega el abismo inmenso entre el Norte y el Sur. Sabéis que he querido centrar la atención de los hombres de buena voluntad en este problema a través de mi mensaje